

# **El escapulario del Carmen en la literatura (Pinceladas y retos)**

FERNANDO MILLÁN ROMERAL O. CARM.  
*Comillas (Madrid)*

Según la tradición secular del Carmelo, en la noche del 15 al 16 de julio de 1251 la Virgen del Carmen se apareció a San Simón Stock (que sería —según la misma tradición— el General de la Orden por aquel período), animándole en las difíciles circunstancias que estaban viviendo los carmelitas que venían de Tierra Santa y que no siempre eran bien aceptados en Europa, y entregándole, como prenda de protección maternal, el santo escapulario, signo devocional que desde entonces habrían vestido los carmelitas a lo largo de los siglos. El escapulario llevaba aneja la promesa de que quien muriese con aquel signo sagrado no sufriría los padecimientos del fuego eterno. Durante el año 2001 se ha celebrado, por tanto, el 750 aniversario de la supuesta aparición. Ya en 1951 (VII centenario de la aparición) se celebró amplia y solemnemente este evento. El Papa Pío XII envió una carta a los generales de las dos ramas del Carmelo (*Neminem profecto latet*) haciendo eco de esta celebración y compartiendo la alegría de la familia carmelitana. Fruto del entusiasmo de aquella celebración son, entre otros, los estudios de Bartolomé Xiberta<sup>1</sup>, de Agustín Forcadell<sup>2</sup> y de En-

<sup>1</sup> B. XIBERTA, *De visioni Sancti Simonis Stock* (Romae 1950).

<sup>2</sup> A. FORCADELL, *Commemoratio Solemnis Beatae Mariae Virginis de Monte Carmelo. Historia et Liturgia* (Romae 1951). Existe una síntesis actualizada según los criterios litúrgicos del Concilio: IDEM, *La fiesta del Carmen. Historia y Liturgia* (Onda-Castellón 1986).

rique Esteve<sup>3</sup> sobre los primeros testimonios históricos de la visión y sobre su interpretación teológica, litúrgica y espiritual, respectivamente. En el año 2001, cincuenta años después, con una Iglesia y una sociedad muy cambiadas, ha tenido lugar otra vez la conmemoración de esta aparición mariana. Esta conmemoración ha suscitado también —aunque en mucha menor medida— estudios, escritos, interpretaciones diversas, documentos oficiales, etc.

Con este motivo, las dos ramas de la Orden del Carmen convocaron un «año mariano» en el que se nos invitaba a reflexionar con hondura en el sentido profundo de esta devoción. El Papa Juan Pablo II envió un mensaje a los padres Joseph Chalmers y Camilo Maccise en el que se hacía eco de esta conmemoración y en el que recordaba el sentido esencial de este signo mariano<sup>4</sup>. Ambos generales a su vez publicaron una carta conjunta titulada *Con María la Madre de Jesús*, en la que, desde los planteamientos de una mariología renovada, se profundizaba en el sentido de esta celebración en el marco más amplio del carácter mariano del carisma carmelitano. En dicha carta se daban una serie de claves fundamentales y generales sobre el sentido mariano del Carmelo y se nos invitaba a reflexionar desde las peculiaridades de las diversas culturas sobre esta devoción:

*Somos muy conscientes de la difusión del Carmelo en todo el mundo. Se encuentra establecido firmemente en los cinco continentes, cada uno con su historia y cultura propias. Por supuesto, la manera en que se entiende a la Madre de Dios varía según el país, así como, en el pasado, ha sido diversa de un siglo a otro. Reconocemos que sólo podemos proporcionar algunas ideas centrales y pautas, dejando a otros la*

<sup>3</sup> E. ESTEVE, De valore spirituali devotionis S. Escapularis (Romae 1953); IDEM, Espiritualidad del Escapulario del Carmen (Madrid 1964). Esta segunda obra venía a ser el compendio y el complemento en castellano de la anterior.

<sup>4</sup> Puede consultarse —entre otros— en: Ecclesia 3.043 (7-abril-2001) 529-530, o en el dossier preparado por la revista Monte Carmelo 109 (2001) 661-665. Sobre esta carta véase el detenido comentario de A. MINGO, María, carisma de la Orden del Carmen. Apuntes para una lectura «jalonada» de la carta de Juan Pablo II: Monte Carmelo 109 (2001) 637-660.

*tarea de reflexionar sobre nuestra herencia en la respectiva cultura y compartirlo en la Iglesia local<sup>5</sup>.*

Evidentemente, esta visión y el personaje de Simon Stock (por no hablar de la bula sabatina atribuida a Juan XXII) suscitan una serie de problemas historiográficos muy serios en los que no vamos a entrar aquí. Tan sólo indicaremos que la visión y la literatura que sobre ella existe debe ser comprendida e interpretada dentro de su contexto. Por ello habría que evitar, tanto aceptaciones infantiles y acríticas, como posturas de un supuesto historicismo grosero que, siguiendo criterios un tanto decimonónicos, es incapaz de entender otros tipos de «verdad» más allá de la verdad fáctica e histórica<sup>6</sup>.

Si en el campo de la historiografía el tema es delicado, lo es aún más en el de la interpretación teológica de la supuesta aparición y del sentido del escapulario. No es difícil intuir que un signo como éste puede convertirse con relativa facilidad en algo parecido a un talismán o a un amuleto y que la pretendida salvación que produce se puede convertir en un camino paralelo al de una vida cristiana bien entendida, al margen de la gracia sacramental o incluso de la vida eclesial. Paradójicamente, este riesgo aumenta con el tiempo en nuestra sociedad actual, dada la tendencia (típica de la llamada posmodernidad) a una religiosidad folclórica, poco exigente, ritualista y algo tendente al sincretismo. El tema es complejo, pero en cualquier caso, una de las tareas de este aniversario ha sido (o debería haber sido) la de precisar mejor la teología de este sacramento, dándole su verdadero significado como signo de una sana devoción mariana y dentro de una teología más profunda, siguiendo las directrices del Concilio Vaticano II y de los documentos magisteriales.

<sup>5</sup> J. CHALMERS – C. MACCISE, Con María la Madre de Jesús (Roma 2001) nº 3.

<sup>6</sup> Los dos generales —con un talante muy positivo e integrador— parecen reconocer esta dificultad: J. CHALMERS – C. MACCISE, Con María la Madre de Jesús (Roma 2001) nº 22. Sobre la problemática histórica, cf. R. COPSEY, Simon Stock and the Scapular vision: Journal of Ecclesiastical history 50 (1999) 652-683 [publicado también en: Carmelus 49 (2002) 47-83]; I. MARTÍNEZ CARRETERO, El escapulario del Carmen, entre la tradición y la historia: Escapulario del Carmen 98 (2001) 315-321; L. SAGGI, Santa María del Monte Carmelo, en: AA.VV. Santos del Carmelo [L. Saggi, ed.] (Madrid 1982) 153-189.

les que han tratado este tema<sup>7</sup>. Descargar a esta devoción de ciertas desviaciones barrocas y reinterpretarla desde otras concepciones teológicas y antropológicas, no significa que se pierda el afecto por el mismo (más bien todo lo contrario); por eso ningún devoto del escapulario debe temer o mirar con precaución a quienes intentan llevar adelante esa reinterpretación. No significa tampoco que no se asuma (críticamente, eso sí) una historia, una tradición, una piedad, una iconografía riquísima que se han ido elaborando a lo largo de los siglos, descubriendo en todo ello elementos muy valiosos y también elementos no tan positivos que formarían parte, más que de una sana piedad cristiana, de una especie de superchería muy lejana de lo que significa una actitud de verdadera devoción.

Pues bien, con el objetivo de contribuir a esa relectura —cordial y crítica a la vez— de la tradición del escapulario, quisiera ofrecer una pequeña aportación a este tema desde el punto de vista de la literatura<sup>8</sup>. En este trabajo solamente nos proponemos lanzar algunas pistas para posibles investigaciones posteriores (que deberán ser realizadas por estudiosos que conozcan mejor los autores citados y su trasfondo literario y biográfico) y mostrar cómo, desde la literatura, se suscitan interrogantes, retos, pistas, posibilidades, avisos... para la reflexión teológica, espiritual y pastoral sobre la devoción del escapulario del Carmen.

La literatura es un testimonio privilegiado de una época, del pensamiento que en ella se genera, de su cultura y también de su

<sup>7</sup> En esta línea, entre otros, cf. E. BOAGA, La devozione dello Scapolare del Carmine: contenuti e prospettive: *Rivista di Vita Spirituale* 55 (2001) 306-327; C. CICCONETTI, La pietà popolare mariana carmelitana: prospettive, en: AA.VV., *Maria, icona della tenerezza del Padre* (Palermo 1992) 191-209; C. HERNÁNDEZ GALLO, *Revestidos de Cristo: una nueva vida a la que está llamado el cristiano: Monte Carmelo* 109 (2001) 557-575; M. MARTÍN DEL BLANCO, La Virgen del Carmen y el Escapulario del Carmen: devoción, piedad, culto e historia: *Monte Carmelo* 109 (2001) 577-613; P. McMAHON, The Scapular: re-appropriating an ancient symbol for a modern world: *The Sword* 60 (2000) 105-136; C. O'DONNELL, The Scapular of Carmel: theological and spiritual perspectives, en: AA.VV., *In communion with Mary our heritage and prospects for the future* [E. Coccia, ed.] (Roma 2003) 241-256; J. PINHARANDA GOMES, *O Escapulário de Nossa Senhora do Carmo* (Lisboa 2002); M. REUVER, Lo Scapolare, oggi: *Car-melus* 15 (1968) 222-229.

<sup>8</sup> Una síntesis de este trabajo, sin aparato crítico, fue publicada en la revista jerezana *Escapulario del Carmen* 98 (2001) 230-241.

religiosidad. El texto literario necesita lógicamente una hermenéutica, una interpretación que tenga en cuenta la personalidad del autor del que se trate, su contexto, su formación, sus tendencias, etc. Pero en cualquier caso, las referencias literarias son siempre materia de reflexión que ayudan a entender mejor, en un sentido u otro, algún aspecto de aquella cultura, de aquella sociedad o de aquella religiosidad en la que se fraguó el texto. Por ello, ofrecemos varias referencias literarias en las que se alude al escapulario del Carmen. Al tratarse de una devoción tan popular y tan extendida durante siglos, es lógico que éste aparezca en la literatura, que viene a ser en muchas ocasiones un espejo de la sociedad de ese período. Estos textos nos muestran (hecha esa labor de interpretación a la que hemos hecho referencia) cómo entendían diversos autores el sentido del escapulario del Carmen, con sus luces y sus sombras. Por ello estos textos pueden ayudar a la reflexión actual acerca de este signo mariano y de su sentido devocional. Lógicamente esta muestra es muy reducida. Son muchísimos los autores, los géneros, los diversos ámbitos de la literatura hispánica en los que pueda haber referencias variadas y sugerentes a este tema. Nuestro trabajo no tiene la más mínima pretensión de exhaustividad. No nos interesa tanto la erudición literaria, como las «provocaciones» (en el mejor sentido de la palabra) que esos textos contienen para nuestra reflexión.

Sólo dos breves observaciones más. Estos textos corresponden a autores, a géneros literarios y a épocas muy diversas. A la hora de «juzgarlos» desde nuestra perspectiva actual y desde nuestros criterios hay que tenerlo muy en cuenta. Es de por sí un atrevimiento el incluir textos de autores, períodos y géneros literarios tan diversos sin acotar de alguna manera el campo de estudio. En segundo lugar, debemos mencionar algunos trabajos mucho más amplios que ya se han hecho en este sentido. Baste citar a R. M. Melús que publicó en 1957 un *Enquiridion* de textos referentes al escapulario (de papas, obispos, generales de órdenes religiosas, etc.) y un librito sobre *La Virgen del Carmen en la poesía española* (Caudete 1979)<sup>9</sup>; a J. Fernández, que escribió —con una prosa si se quiere un tanto rim-

<sup>9</sup> Recientemente reeditado como: *La Virgen del Carmen en la poesía y en las coplas populares* (Onda-Castellón 2002).

bombante y barroca, pero muy significativa de una piedad mariana concreta— la obra *Milagros y prodigios del Escapulario del Carmen* (Madrid 1956)<sup>10</sup>; al carmelita descalzo Eduardo de San José que publicó en 1951 un interesante artículo en la revista Monte Carmelo, acerca de *La Virgen del Carmen en la poesía española*<sup>11</sup>; y a su hermano de hábito Nazario de Santa Teresa del Niño Jesús que en el mismo año publicó otro amplio trabajo sobre el tema<sup>12</sup>. No obstante, muchos de los textos literarios que presentamos no aparecen en ninguna de estas obras. Los agrupamos en torno a cuatro autores (Pereda, Fernán Caballero, Blanco White y Uslar Pietri) que consideramos más significativos o, al menos, paradigmáticos de un cierto acercamiento al tema (con «motivos» comunes), pero en torno a estos cuatro, incluimos otros muchos autores y referencias. Dada la intención de este trabajo, no incluiremos por lo general a autores carmelitas (muy frecuentes a lo largo de los siglos) que con mayor o menor fortuna han abordado este tema<sup>13</sup>.

1. *José María de Pereda*: nacido en Polanco en 1833, es considerado uno de los autores más representativos del costumbrismo literario español del siglo pasado. Pereda buscó, tanto en sus relatos breves, como en sus novelas retratar la sociedad santanderina, sus costumbres, tradiciones, expresiones, etc. De ideología tradicionalista (llegó a ser diputado por el grupo carlista, si bien pronto abandonó la actividad política), sus obras tienen un marcado carác-

<sup>10</sup> Ya antes habría que destacar S. M. BESALDUCH, Enciclopedia del escapulario del Carmen (Barcelona 1931), obra en la que el autor dedica el apéndice III (págs. 588-6651) al tema Poesías del Carmen.

<sup>11</sup> EDUARDO DE SAN JOSÉ, *La Virgen del Carmen en la poesía española*: Monte Carmelo 52 (1951) 160-219. Aunque recoge autores de diversa procedencia, se centra fundamentalmente en poetas carmelitas.

<sup>12</sup> NAZARIO DE STA. TERESA DEL N. JESÚS, *La Virgen del Carmen en la Espiritualidad Española*: Revista de Espiritualidad 10 (1951) 193-214 (esp. 200-209). Artículo muy bien documentado, pero con un tono apologético y con cierto descuido (compartido con los autores anteriores) a la hora de señalar las fuentes.

<sup>13</sup> Entre ellos cabría destacar, aparte de los clásicos y entre otros muchos, a Emeterio de Jesús María, Augusto de la Inmaculada, Francisco de Jesús, Juan Alberto de los Cármenes (todos ellos carmelitas descalzos) y a Luis María Llop (entre los carmelitas de la antigua observancia).

ter moralizante. Pereda defiende la tradición de lo que él considera riesgos de la filosofía ilustrada, del liberalismo y del llamado «progreso». Muchas de sus «escenas montañesas» (publicadas primeramente por entregas en periódicos de la época) responden al deseo de perpetuar ciertos tipos y tradiciones que con el tiempo, la llegada del ferrocarril, el progreso, la emigración, etc. acabarían por desaparecer. El costumbrismo de Pereda se centra en los dos «mundos» que conforman la realidad cántabra: el mundo rural y el mundo marinero<sup>14</sup>. Éste es el que más nos interesa, ya que en el mismo abundaba la devoción a la Virgen del Carmen, la Virgen marinera<sup>15</sup>. Ya en *Sotileza* (probablemente una de sus mejores novelas) Pereda nos muestra diversos personajes, sencillos, buenos, imbuidos de una piedad sincera a la Virgen y en especial bajo la advocación del Carmen<sup>16</sup>. Así, cuando la barca de los pescadores se acerca a duras penas a la bahía santanderina en medio de una terrible tormenta, estos invocan con fuerza a la Virgen marinera con el grito:

¡Virgen del mar, adelante!  
¡Adelante, Virgen del mar!

También en un pequeño relato titulado *La romería del Carmen*, incluido en sus *Tipos y Paisajes*, Pereda alude a esta devoción marinera. Don Anacleto Remanso, sencillo padre de familia burgue-

<sup>14</sup> Relatos de ambos ámbitos influyeron mucho en algunas de las Narraciones de L. M. Llop (bajo el pseudónimo de Azael), tales como: Áncora de Salvación (con el tema del naufragio de fondo), La Virgen del Mar (ambientada en una celebración del Carmen en el Cantábrico) o incluso (aunque se percibe más la influencia de Fernán Caballero) en Sálvame Virgen María. Todos estos relatos en: AZAEL, Narraciones (Jerez de la Frontera-Cádiz 1919).

<sup>15</sup> Sobre la identificación de la Virgen del Carmen con la Virgen marinera y con el título de Stella Maris (que ya aparecía en los Padres y en autores medievales), cf. entre otros: R. M. LÓPEZ MELÚS, María, Patrona de la Marina (Madrid 1970); I. MARTÍNEZ CARRETERO, La Virgen del Carmen, Patrona de la Marina española: Escapulario del Carmen 98 (2001) 154-161; B. VELASCO, Alusión histórica a la Virgen del Carmen como Patrona de Navegantes: Revista de Historia Naval 58 (1997) 73-78.

<sup>16</sup> J. M. PEREDA, *Sotileza* (Madrid 1999) 437-438. En la introducción a esta edición, G. Gullón destaca algunos rasgos comunes entre la narrativa de Pereda y la de Fernán Caballero a quien nos referiremos más adelante.

sa, acérximo enemigo del ferrocarril<sup>17</sup> (*infernal invento, amenaza a la omnipotencia de Dios*), vive todos los años con gran ilusión las fiestas de la Virgen del Carmen y en concreto la romería de Revilla de Camargo. Va allí con toda su familia y, al ver a cuatro marineros que (*descalzos y con los remos al hombro*) se dirigen a la ermita, comenta con el carretero: *irán a cumplir la promesa que harían a la Virgen del Carmen durante alguna borrasca*<sup>18</sup>. Más adelante, ya en la pradera de la ermita y pasados los actos religiosos, *Don Anacleto fué á reunirse con su familia y la acompañó á dar la quincuagésima vuelta por la pradera, y compraron escapularios y fruta...*<sup>19</sup>

Aunque ya se escapa de nuestro tema, la moraleja —muy típica de Pereda— es que el falso progreso que traerá el ferrocarril, no conseguirá acabar con las viejas tradiciones montañesas: *;Y que aún haya mentecatos que se atrevan á decir que á la romería del Carmen le quedan pocos años de vida!*<sup>20</sup>

Pero la referencia al escapulario del Carmen a la que nos referimos se encuentra en una de las *Escenas Montañesas*, concretamente en la titulada *El fin de una raza*. En ella aparece Miguel, conocido como el *Tío Tremontorio* (*arisco y hercúleo marinero del Cabildo de Abajo*), personaje que ya había aparecido en otra de las escenas de Pereda, concretamente en *La leva*. Es un hombre bueno, rudo, de pocas palabras, curtido en las faenas del mar y en las dos campañas que tuvo que sufrir sirviendo al rey en un barco de guerra. Siendo ya anciano salió a la mar a pescar acompañado del *Tuerto* (que es quien describe posteriormente lo ocurrido). Cuando estaban faenando se presentó de improviso una fuerte tormenta (*un galernazo*) que acabó por arrojarlos al mar. En un momento dado el *Tuerto* y el *Tío Tremontorio* se encuentran a la vista uno del otro luchando contra las olas e intentando mantenerse a flote. El *Tuerto* grita a *Tremontorio* que nadie hacia él, pero éste no puede porque le pesa mucho

<sup>17</sup> Esta oposición al ferrocarril, como ejemplo y antípodo de un progreso deshumanizador, contrario a la tradición, es frecuente, no sólo en otras obras de Pereda (por ejemplo, en las *Escenas Montañesas*), sino también en otros autores del siglo XIX o principios del XX, como G. Miró en *El Obispo leproso* o Leopoldo Alas Clarín en su célebre cuento *Adiós Cordera*.

<sup>18</sup> J. M. PEREDA, *Tipos y Paisajes*, 124.

<sup>19</sup> Ibid, 135.

<sup>20</sup> Ibid, 125.

la ropa mojada. El *Tuerto* le dice entonces que se desprenda de los *calzones*, pero *Tremontorio* se niega ya que allí lleva su escapulario de la Virgen del Carmen que es la que le puede sacar de aquella situación. Pereda señala en nota a pie de página que la escena y el diálogo son *rígurosamente históricos*. Reproducimos el hermoso diálogo cargado de localismos costumbristas y con la ortografía que usa el autor:

*En esto, la mar nos fué atracando el uno al otro; y ya estábamos al habla, cuando la suerte le puso un remo delante. Agarróse a él y descansó una miaja. Pero notaba yo que no se valía más que de un brazo para agarrarse, y no sacaba el otro hacia el remo, ni le movía para ayudarse. «¡Anade y atráquese —le gritaba yo—, hasta que llegue a darle una mano, que después ya podrá agarrarse a la lancha! —¿Qué más quisiera yo que poder anadar, retiña! —me respondió. —Pues ¿porqué no puede? —Porque me jalan mucho los calzones. Paece que tengo toa la mar metida en ellos; y a más a más, se me ha saltao el botón de la cintura. —¡Arrélos, puño! —¡Tiña, que no puedo! —¿Porqué? —Porque esta mañana se me rompió la cinta del escapulario, y le guardé en la faltriquera. —¿Y qué? —Que si arrío los calzones se va a pique con ellos la Virgen del Carmen. —¿Y qué que se vaya, hombre, si no es más que la estampa de ella? —Pero está bendita ¡retiña!; y si ella se va a fondo ¿quién me sacará de aquí, animal?» Hay que tener en cuenta, señor, que la mar era un infierno, y tan pronto nos sorbía como nos soltaba...<sup>21</sup>*

Por último, debemos señalar que en otra de las *Escenas montañesas*, la titulada *A las Indias*, en la que se narra la historia de un joven que se dispone a irse a América para hacer fortuna, se hace también referencia al escapulario. Los padres del joven, sencillos aldeanos, organizan lo mejor que pueden los preparativos del viaje. Pereda intenta reflejar el drama que supone la emigración (tema bastante frecuente en otras de sus obras, como *Pachín González*),

<sup>21</sup> J.M. PEREDA, Escenas montañesas, en: Obras completas V (Madrid 1924) 437-438.

que él considera provocada en último término por la ambición y la tentación de las riquezas que mostraban los llamados «indianos» cuando ya mayores regresaban a su tierra natal. Frente a ello, el autor presenta a los padres de estos futuros indianos como gentes sencillas, trabajadoras, sin ambiciones, fieles a sus tradiciones, etc. Pues bien, cuando la madre de Andrés se despide de éste, ya a punto de partir, le da una serie de consejos y sus últimas recomendaciones. Lo describe Pereda del siguiente modo:

*Tía Nisca vuelve más animada adonde está su hijo, a quien refiere entre bendiciones la buena acogida que le dispensó el capitán. Después, abrazándole estrechamente, le recomienda de nuevo mucha devoción al escapulario bendito de la Virgen del Carmen que lleva sobre su pecho; que sea bueno y sumiso; que huya de las malas compañías; que piense siempre en su pobre choza y en su patria..., en fin, cuanto es de necesidad que recomiende una madre cariñosa a un hijo querido en el instante supremo de una larga o tal vez eterna separación...<sup>22</sup>*

Aunque con lenguajes, posicionamientos, actitudes y estilos muy diferentes y en contextos también muy diversos, el escapulario del Carmen aparece también en el marco de lo marinero en la producción de otros muchos autores. El motivo de fondo viene a ser el mismo: en medio de las dificultades y los peligros de la vida del marinero, no le falta la ayuda de la Virgen del Carmen, patrona de los marineros y Virgen del mar, y el escapulario vendría a ser la concreción y el signo de esa devoción y confianza por parte del hombre de mar y de la protección y guía por parte de la Virgen. Veamos algunos ejemplos de forma muy somera.

Destaca en primer lugar un hermosísimo poema de Rafael Alberti. Se trata del célebre *Triduo de Alba, sobre el Atlántico, en honor de la Virgen del Carmen*, incluido en su obra de juventud *Marinero en tierra*<sup>23</sup>, publicada por primera vez en 1924. Es un

<sup>22</sup> Ibid, 94.

<sup>23</sup> R. ALBERTI, Marinero en tierra. La amante. El alba del alhelí (Madrid 1972) 130-132 (citamos por esta edición preparada por Robert Marrast). Pos-

poema colorista, acuático, lleno de imágenes y de sensaciones<sup>24</sup>. Alberti se lo dedicó a su madre, por lo que ella, ilusionada, pensó que había recuperado su fe, como el mismo Alberti contaría más adelante<sup>25</sup>. Dámaso Alonso, en unos célebres recuerdos de su amistad con Alberti que publicó en un número de la revista *Insula* dedicado al poeta gaditano, nos cuenta que éste pasó unos días en la Abadía de Silos (donde conoció a un jovencísimo Fray Justo Pérez de Urbel<sup>26</sup>). Allí recitó ante la comunidad del convento los versos de su *Triduo del Alba* que gustó muchísimo a los religiosos y que *produjeron tal entusiasmo en el Abad que éste, concedió ciento cincuenta días de indulgencia a todo el que los leyera o recitara*<sup>27</sup>. El *triduo* consta de tres sonetos titulados: *Día de coronación*, *Día de amor y de bonanza* y *Día de tribulación*. Son dos las referencias al escapulario, una más oculta y metafórica que aparece en el segundo soneto y otra más expresa en el tercero. En *el día de amor y bonanza*, ya se intuye la tormenta y el peligro, la escollera que destrozará el navío. Pero el poeta lleva impresa en el pecho la protección de la Virgen del Carmen, con agua amarga y dulce. Parece difícil no ver en estos versos la referencia al escapulario que sobre el pecho (lo más íntimo de la persona, lo más cercano al corazón) muestra la confianza en la protección de la Virgen. Merece la pena reproducir el texto entero del soneto:

*Que eres loba de mar y remadora,  
Virgen del Carmen y Patrona mía,  
escrito está en la frente de la aurora,  
cuyo manto es el mar de mi bahía.*

teriormente será casi siempre citado y publicado sólo como *Triduo del Alba*. Puede verse, por ejemplo, en la recopilación de poemas elaborada por Aitana Alberti y prologada por J. Batlló: *El libro del mar* (Barcelona 1985) 35-38.

<sup>24</sup> Dámaso Alonso ha mostrado en alguna ocasión su sorpresa por el hecho de que en las ediciones de «Poesía» de Alberti (en las que he visto de la editorial Losada) no están estos sonetos tan airoso, tan albertianos, tan gaditanos. Cf. D. ALONSO, Rafael entre su arboleda: *Insula* 198 (mayo 1963) 16.

<sup>25</sup> R. ALBERTI, *La arboleda perdida. Primero y Segundo libros* (1902-1931) (Madrid 1998) 185.

<sup>26</sup> El mismo Alberti cuenta interesantes anécdotas de su estancia en Silos. Cf. R. ALBERTI, *La arboleda perdida*, 245-250.

*Que eres mi timonel, que eres la guía  
de mi oculta sirena cantadora,  
escrito está en la frente de la proa  
de mi navío al sol de mediodía.*

*Que tú me salvarás, ¡Oh marinera  
Virgen del Carmen!, cuando la escollera  
parta la frente en dos de mi navío,  
loba de espuma azul en los altares,  
con agua amarga y dulce de los mares  
escrito está en el fiero pecho mío.*

La referencia al escapulario aparece bajo esa bella y audaz imagen de la salvación escrita con agua dulce y salada en el pecho, pero es aún más directa en el tercer poema del tríptico, dedicado al *Día de tribulación*, en el que lógicamente la referencia a la Virgen protectora de los marineros resulta imprescindible. El peligro (*el mastín de la marea, el tumulto gris de los azares*) se hace acuciante<sup>28</sup> y en ese momento el poeta marinero, el marinero poeta palpa su escapulario (*el cuadrado anzuelo*) y eleva una promesa. No conviene explicar más estas imágenes, si no queremos correr el riesgo de des trozarlas. Dejemos la palabra a Rafael:

*¡Oh Virgen remadora, ya clarea  
la alba luz sobre el llanto de los mares!*

<sup>27</sup> D. ALONSO, Rafael entre su arboleda: Insula 198 (mayo 1963) 1,16. El mismo Dámaso Alonso añade con cierta ironía: Yo, que me los sé de memoria, los he dicho tantas veces que de indulgencias me he debido ganar por lo menos varios años: no dejarán de venirme bien. En el mismo sentido cuenta Eduardo de San José que Luis Morales Oliver, director de la Biblioteca Nacional, emocionado al escuchar estos versos, exclamó: Yo creo que por estos versos maravillosos la Virgen del Carmen tiene que salvarlo... (EDUARDO DE SAN JOSÉ, La Virgen del Carmen en la poesía española, 195).

<sup>28</sup> Alberti también toca este tema en otros poemas como, por ejemplo, La sirenilla cristiana, de su obra El alba del alhelí: R. ALBERTI, Marinero en tierra. La amante. El alba del alhelí (Madrid 1972) 253; o en su Canción de los pescadores pobres de Cádiz, de su obra Ora marítima (1953) donde afirma A la Virgen del Carmelo/ pusimos sobre las olas./ Y nos llenaba los barcos/ ayer y ahora.

*Contra mis casi hundidos tajamares,  
arremete el mastín de la marea.*

*Mi barca, sin timón, caracolea  
sobre el tumulto gris de los azares.  
Deje tu pie, descalzo, sus altares  
y la mar negra verde pronto sea.*

*Toquen mis manos el cuadrado anzuelo  
—tu Escapulario—, Virgen del Carmelo,  
y hazme delfín, Señora, tú que puedes...*

*Sobre mis hombros te llevaré a nado  
a las más hondas grutas del pescado,  
donde nunca jamás llegan las redes<sup>29</sup>.*

Indudablemente, y más allá de la belleza y genialidad de los versos albertianos, el poeta bebe de una tradición andaluza marinera común —en este caso gaditana u onubense, pero extendida por toda la costa—, de una piedad popular, de un ambiente, del que también se impregnan poetas como, por ejemplo, Arístides Pongilioni (1835-1882) que en sus *Ráfagas Poéticas* (1865) dedicó un enorme poema *A Nuestra Señora del Carmen*, en el que —en la segunda parte dedicada a la tempestad— insiste en el motivo de la promesa hecha por los marinos a la Virgen del Carmen:

*Entonces, puestos de hinojos,  
perdida toda esperanza,  
pusieron su confianza,  
Virgen del Carmen, en Ti;  
en Ti, estrella de los mares,  
a cuyos suaves fulgores  
el mar calma sus furores  
y alienta brisa feliz<sup>30</sup>.*

<sup>29</sup> Para profundizar en los motivos y el sentido religioso de la poesía de Alberti, cf. A. CASTRO MERELLO, Alberti, poesía religiosa (Las Palmas de Gran Canaria 1997), especialmente las páginas dedicadas a la serie mariana (53-65). Sobre su formación religiosa en el colegio de los jesuitas, cf. IDEM, Alberti, colegial y marinero (historia y poesía) (Las Palmas de Gran Canaria 1994).

<sup>30</sup> Agradecemos cordialmente esta referencia A. CRUZ CASADO, Un poema dedicado a la Virgen del Carmen del prebecqueriano Arístides Pongilioni [en

También hay que destacar a J. R. Jiménez que en su *Escapulario sobre el pecho de los marinos*,<sup>31</sup> trasmite la misma necesidad de acudir a la Virgen del Carmen ante la angustia que producen los peligros del mar<sup>32</sup>, pero ahora desde el punto de vista de las mujeres que quedan en tierra y que rezan mientras arreglan las redes:

*¡Granados en cielo azul!  
¡Calle de los marineros;  
qué verdes están tus árboles,  
qué alegre tienes el cielo!*  
(...)

*La mujer canta a la puerta:  
«¡Vida de los marineros;  
el hombre siempre en el mar  
y el corazón en el viento!»*

*¡Virgen del Carmen, que estén  
siempre en tus manos los remos;  
que bajo tus ojos sean,  
dulce el mar y azul el cielo!*

*...Por la tarde brilla el aire;  
el ocaso está de ensueños;  
es un oro de nostalgia,  
de llanto y de pensamiento.*  
(...)

*¡Viento ilusorio del mar!  
¡Calle de los marineros,*

curso de publicación]. Aunque no aparece en todo el poema la referencia explícita al escapulario, sí está en forma implícita y con connotaciones interesantes en la última estrofa de la III parte (Grabado está en mi pecho tu nombre melodioso...).

<sup>31</sup> Ser trata del poema noveno de las Pastorales. Cf. J. R. JIMÉNEZ, Segunda Antología poética (1898-1918) (Madrid<sup>4</sup> 1983) 49.

<sup>32</sup> De hecho, el mismo Alberti reconoce expresamente esta influencia: De una estrofa, perteneciente a uno de los más claros y chispeantes romances de sus primeros libros, había extraído yo dos versos como lema para una de aquellas canciones que él ya conocía por la hoja literaria «La Verdad» y que tanto le habían complacido: la blusa azul y la cinta/ milagrera sobre el pecho (R. ALBERTI, La arboleda perdida, 231).

*la blusa azul y la cinta  
milagrera sobre el pecho!  
(...)*

En la misma línea hay que destacar al gaditano J. M. Pemán (1898-1981), que en su *Romance de los cargadores de la isla* se refiere a la Virgen del Carmen como *Reina de la Mar y Capitana*<sup>33</sup>. Sirva también como ejemplo de esta tradición común, el poema —algo más recargado y barroco, menos colorista— de un anónimo (quizás L. M. Llop, a quien ya nos hemos referido en diversas ocasiones) publicado en 1918, titulado *A la Virgen del Carmen, Patrona de los marineros*<sup>34</sup>, en el que el poeta (más versado en la tradición y en las leyendas carmelitanas) tras aludir de diversas formas al patronazgo eliano, a la promesa sabatina, a la nubecilla del Carmelo<sup>35</sup>, etc. se centra en la advocación marinera de la Virgen del Carmen y, aunque sin hacer mención del escapulario, concluye:

*La Virgen de los marineros  
es sol de amor y esperanza;  
¡feliz quien a ver alcanza  
sus resplandores divinos!  
Y pues rige los destinos  
de la gente marinera...  
¡la Virgen del Carmen quiera  
que en las playas españolas*

<sup>33</sup> Cf. J.M. PEMÁN, Obras Completas I (Poesía) (Madrid 1947) 829-831. Este poema pertenecía a la serie titulada: Poesía Sacra.

<sup>34</sup> A la Virgen del Carmen, Patrona de los marineros: El Santo Escapulario 15 (1918) 292-294. Recoge numerosos poemas en esta misma línea de diversos autores carmelitas: EDUARDO DE SAN JOSÉ, La Virgen del Carmen en la poesía española, 172-198.

<sup>35</sup> La identificación entre Elías que ve en la nubecilla lejana un signo de salvación según I Re 18,44 y Simón Stock que recibe un pequeño signo de salvación en el escapulario no ha estado ausente en la iconografía carmelitana. Baste un ejemplo: en la capilla de la casa de formación de los carmelitas de Irlanda (Gort Muire) existe un cuadro de grandes dimensiones en el que se repite el motivo de Elías y San Simón Stock: el primero mira la nubecilla blanca en la que está la imagen de María, esperando el agua, el segundo recibe el escapulario. El trasfondo —idealizado— presenta el mar, el Monte Carmelo y un cuervo que nos recuerda al texto bíblico de Elías (I Re 17, 2-6).

*no arrojen ya más las olas  
despojos de muerte fiera...!*

Por último, destaquemos dos testimonios, ambos muy sugerentes, de otros ámbitos culturales. En primer lugar, sabemos que el santanderino Manuel Pombo Angulo (escritor que pasó por muy diversos géneros literarios, desde la poesía y la narrativa —*Valle sombrío, La juventud no vuelve*— al teatro —*Te espero ayer*— y a los guiones cinematográficos) dedicó también una especie de *triduo* —usando la expresión de Alberti— a la Virgen del Carmen, siempre bajo la temática marinera y con una estructura que recuerda a la del *triduo* del poeta gaditano (*partida-temporal-final*). Pombo Angulo establece el paralelismo mar-vida y se dirige fervorosamente a la *Celestial Conductora* para que, en medio de las dificultades de la vida y de la experiencia de soledad y oscuridad, la *Patrona de los Abandonados* le ilumine y le guíe<sup>36</sup>. En segundo lugar, también Camilo José Cela se ha acercado a esta tradición con motivo de la botadura de un barco que lleva su nombre. Para la ocasión compuso una bella oración en la que conjuga y juega literariamente con el *Padrenuestro* y el *Ave María* y se dirige a la Virgen invocándola como *María del Carmen, brújula nuestra* y como *bitácora que guarda el corazón y el alma de los navegantes*<sup>37</sup>.

Con frecuencia la literatura espiritual carmelita ha establecido el paralelismo entre el mar y la vida (*el mar de la vida*) en el que también existen tormentas y peligros. En esa imagen el escapulario juega muchas veces el papel de guía, de norte, de signo para salir de una situación negativa, de pecado o de perdición. Destaquemos sólo un ejemplo de tipo literario. Agustín Moreto, el célebre comediógrafo del Siglo de Oro<sup>38</sup>, en una de sus obras menos conocidas dedi-

<sup>36</sup> Da noticia de ello: EDUARDO DE SAN JOSÉ, La Virgen del Carmen en la poesía española, 206-207.

<sup>37</sup> Cf. I. Bengoechea, Camilo José Cela y Rafael Alberti ante la Virgen del Carmen: Escapulario del Carmen 98 (2001) 255-256.

<sup>38</sup> En los autores clásicos del barroco español no faltan las referencias al escapulario. Valgan como muestra el soneto con tintes culteranos de Lope de Vega dedicado a San Simón Stock (en el que se identifica a éste con un nuevo Eliseo, que —como el Eliseo bíblico— recibe un manto desde arriba, no ya de Elías, sino de la Virgen); cf. A. GONZÁLEZ CEREZO, Un soneto de Lope de Vega

cada a la figura legendaria de San Franco de Siena<sup>39</sup>, titulada *El lego del Carmen*<sup>40</sup> va desgranando todas la leyendas de la vida de este aventurero que se jugó los ojos en una partida de cartas. Tras quedarse ciego, sufre una fuerte conversión y pasa a ser un peregrino penitente. Acaba pidiendo ser fraile del Carmen y vestir el escapulario<sup>41</sup>:

dedicado a San Simón, carmelita, en el que el poeta hace alusión a la entrega del Escapulario: Escapulario del Carmen 99 (2002) 18-21; en la analogía que hace Calderón de la Barca entre la Abigail bíblica y la Virgen del Carmen —aunque no se refiera explícitamente al escapulario— en su auto sacramental La primer flor del Carmelo. Cf. A. CRUZ CASADO, La Virgen del Carmen en la obra de Don Pedro Calderón de la Barca: Escapulario del Carmen 97 (2000) 293-295; en el célebre poema de Luis de Góngora presentado bajo el seudónimo de Vicario de Trassierra al certamen que se celebró en Córdoba en 1614 con motivo de la beatificación de Santa Teresa, titulado De la semilla caída y en el que el poeta se excusa de las licencias poéticas pidiendo que escapularios de el Carmen/ mis escapatorios sean. Se puede encontrar en: L. DE GÓNGORA, Qvaderno de varias poesías (Manuscrito Palentino) [Edición de L. Rubio González] (Palencia 1985) 349-352. Sobre las peculiaridades de este poema, cf. A. CARREIRA, Gongoremas (Barcelona 1998) 114, 151, 322-324, 363, 388; R. JAMES, La obra poética de Don Luis de Góngora y Argote (Madrid 1987) 194,203. Asimismo, hay una referencia indirecta (pero muy significativa) al escapulario y a las condiciones para disfrutar del privilegio sabatino (siempre unido a la devoción del escapulario como tal) en la obra de Tirso: Bellaco sois, Gómez. Puede consultarse en la edición de la BAE: Obras de Tirso de Molina VII (Madrid 1971) 280-281. Cf. L. MONTERO REGUERA, Los problemas de la carne. Nota a un texto de Tirso de Molina, en: AA.VV., Actas del XIII Congreso de la Asociación Internacional de hispanistas I (Madrid 2000) 623-628.

<sup>39</sup> Sobre los serios problemas historiográficos que supone la figura de Franco de Siena, puede verse el breve pero certero estudio de L. SAGGI, Franco de Siena (Francisco Lippi), beato, en: AA. VV. Santos del Carmelo [L. Saggi, ed.] (Madrid 1982) 303-305.

<sup>40</sup> Sólo conocemos la edición moderna de la «Biblioteca Anaya»: A. MORETO, El lego del Carmen (Salamanca 1970), preparada por Florián Smieja. Sobre el autor cf. las introducciones de N. Alonso Cortés a: Moreto teatro (Madrid 1955); de Francisco Rico a El desdén con el desdén —Las galeras de la honra— Los oficios (Madrid<sup>4</sup> 1978); o de F. P. Casa y B. Primorac a El lindo Don Diego (Madrid 1995).

<sup>41</sup> La figura de San Franco de Siena tuvo una gran devoción en los conventos carmelitas, principalmente españoles e italianos, tanto calzados como descalzos, en los siglos XVIII (lo que explica que Moreto tomase contacto con esta figura), XIX y XX. Cf. P. GARRIDO, Presencia de los santos carmelitas italianos en la literatura espiritual española: Archivum Bibliographicum Carmeli Teresianni 37 (2000) 547-605. El polígrafo L. M. Llop le dedicó una de sus novelas (publicada primero por «entregas» en la revista jerezana El Santo Escapulario) con el título El hijo de la gracia (Jerez de la Frontera-Cádiz 1911). La fama del

*...donde está un santo convento  
que es de la Virgen del Carmen.  
en él los dos pediremos,  
tú fuente donde te laves,  
y yo el santo escapulario;  
y pues me guió, él me salve.  
[...]*

*No soy sino un pecador,  
que humilde a esas plantas yace.  
De voz del cielo guiado,  
a pedirlos vengo, padres,  
que me deis para morir  
en la religión del Carmen,  
el sagrado escapulario  
que ha sido norte brillante,  
por donde saqué del golfo  
de mis delitos la nave;  
y hoy os le pido porque  
sepan todos los mortales  
que este santo hábito solo  
a salvarnos es bastante<sup>42</sup>.*

Esta devota y piadosa petición del pecador convertido no debió pasar desapercibida para ciertas sensibilidades teológicas más agu-

«santo de los hermanos» y de la comedia de Moreto se comprueba en el hecho de que se convirtiese en una obra lírica compuesta por el Maestro Arrieta (el autor de la célebre Marina) que fue estrenada en 1883 en Madrid en el Teatro Apolo, abierto al público diez años antes (sobre el antiguo convento carmelita). Cf. Arrieta (Pascual), en: AA.VV., Diccionario Enciclopédico de la Música II (Barcelona s.n.b.) 91-92; C. GÓMEZ AMAT, Historia de la música española V (siglo XIX) (Madrid 1988) 127-128, 147-153. M. Anguiano da noticia de la existencia en la Biblioteca Provincial de los Carmelitas de la Bética (Jerez de la Frontera) de un libreto de esta obra, bajo el título: San Franco de Siena. Comedia en tres actos. Don Agustín Moreto. Refundida en forma de drama lírico por Don José Estremera Música del maestro Arrieta (Madrid 1883). No obstante, la devoción a San Franco no sólo estuvo extendida por España e Italia. Véase, por ejemplo: P. O'DWYER, The Irish Carmelites (of the Ancient Observance) (Dublin 1988) 122; en donde se da noticia del culto a este santo en una Iglesia Carmelita del siglo XVII en Kildare.

<sup>42</sup> A. MORETO, El lego del Carmen, 135,138.

das —y este dato aparentemente anecdótico puede ser muy significativo para una teología correcta del escapulario— ya que precisamente estos versos dieron lugar a una denuncia de la obra a la Inquisición. Aunque el Santo Oficio no vio en ello nada herético, la cuestión se enmarca dentro de la polémica acerca de un posible valor «auténtico» del escapulario como medio de salvación. Entendidos literalmente los versos de Moreto, el escapulario (por sí sólo, esto es, al margen de todo lo que significa la economía de salvación) *es bastante* para la salvación. Entendido de una forma más amplia (sin dilucidar si era ésta o no la que estaba en la mente del comediógrafo), el escapulario (con todo lo que supone y conlleva, esto es, como signo de una vida cristiana plena) es un signo inequívoco de que se está en el camino de la salvación<sup>43</sup>. En cualquier caso, esta controversia solapada nos muestra cómo la piedad y la devoción del escapulario se han encontrado en ciertas ocasiones en el borde de una sana teología, entre una piedad auténtica y bien fundamentada y una piedad milagrera, peligrosa, y al margen (en paralelo) de la economía cristiana de salvación (Palabra, fe, gracia, sacramentos, etc). En este sentido, las palabras de la «sentencia» del Consejo de la Inquisición, reunido en Madrid en enero de 1657 tienen no poco interés (incluso para nuestros días):

*Dijeron conformes que la proposición delatada no tiene calidad de oficio, porque es un modo común de hablar, y por escapulario se entiende aquella religión con sus votos, obras buenas y observancias y lo demás que tiene aprobado la Iglesia en aquel estado, de lo cual se puede y debe decir que es bastante para salvarse; pero no por eso ha entendido nadie que excluye la gracia y las obras santas, y lo firmaron<sup>44</sup>.*

2. *Fernán Caballero*: es el célebre seudónimo de la autora española de origen suizo Cecilia Böhl de Faber (1796-1877). Hija

<sup>43</sup> Curiosamente, la razón poética lo ha entendido a veces con tanta nitidez como la razón teológica como resulta evidente desde muchos de los testimonios aquí presentados.

<sup>44</sup> A. PAZ Y MELIÁ, Catálogo abreviado de papeles de Inquisición (Madrid 1914) 49-50.

de un hispanista alemán, intentó plasmar la realidad de Andalucía desde un punto de vista algo moralizante, en una mezcla de costumbrismo, realismo e incluso romanticismo. En algún sentido (aunque esto habría que matizarlo mucho) su obra es a lo andaluz algo parecido a lo que la obra de Pereda es a lo santanderino. Ambos, además, no disimulan su rechazo de los ideales ilustrados y liberales, a los que consideran perniciosos para la sociedad y para la religión.

Cecilia Böhl de Faber enviudó varias veces y vivió casi siempre en una situación económica muy precaria. Fue muy criticada por sus contemporáneos, principalmente por su postura moralizante de fuerte sabor religioso y tradicionalista. Hoy, en otro contexto muy diverso, su novela no deja de resultar agradable, con un estilo alegre, ameno y sencillo, a pesar de que en ciertos momentos pueda resultar algo melifluo. Aparte del aspecto literario, la obra de Fernán Caballero —como la de Pereda— constituye una fuente valiosísima de información acerca de las costumbres de sus respectivas regiones en el siglo pasado.

Antes de pasar al texto que queremos comentar con más detalle, conviene destacar que Fernán Caballero tiene varias referencias menores, pero significativas, al escapulario del Carmen a lo largo de su obra. Así, por ejemplo, en un relato breve titulado precisamente: *La promesa de un soldado a la Virgen del Carmen* (1863)<sup>45</sup> y ambientado —como *La familia de Alvareda*— en la localidad de Dos Hermanas<sup>46</sup>. Un soldado que vuelve de la guerra de África cuenta cómo fue condenado a muerte por un crimen no cometido. El soldado se había encomendado a la Virgen del Carmen —que ya en

<sup>45</sup> FERNÁN CABALLERO, Promesa de un soldado a la Virgen del Carmen, en: Obras de Fernán Caballero (Madrid 1961) 299-305. También la revista *El Santo Escapulario* (Jerez de la frontera) publicó este relato breve en tres entregas: FERNÁN CABALLERO, Promesa de un soldado a la Virgen del Carmen: *El Santo Escapulario* 6 (1906) 323-326, 359-363, 394-397. Cf. A. CRUZ CASADO, Promesa de un soldado a la Virgen del Carmen (1863) de Fernán Caballero: *Escapulario del Carmen* 98 (2002) 296-298.

<sup>46</sup> Sepa usted, tía Manuela, que la Señora del Carmen es en Cádiz tan querida y reverenciada como lo es aquí nuestra Madre del Valme, en particular por las gentes del mar, que la dicen Estrella de los Mares (FERNÁN CABALLERO, Promesa de un soldado, 303).

la travesía hacía África les había protegido en medio de una tormenta— pidiéndole, no la salvación, sino una buena muerte<sup>47</sup> y, para su madre, el consuelo y la convicción de que su hijo había muerto inocente. Pero, poco antes de ser fusilado, una partida descubre al verdadero asesino, que además, había robado la medalla a la víctima, y ésta era precisamente *la medalla de la Virgen del Carmen*.

Además, dado que la autora estuvo muy familiarizada con el folclore en general y con las coplas populares en particular, en sus diversas colecciones de cuentos, dichos y coplas populares, recoge varias en las que aparece la devoción a la Virgen del Carmen<sup>48</sup>. Son coplas pegadizas, muy sencillas, algunas de las cuales eran probablemente «aplicadas» a otras devociones marianas locales<sup>49</sup>. También otros autores, como Gabriel y Galán en su poema *Amor*<sup>50</sup> incluyen alguna de estas coplas. Este autor incluso se defiende de los que desprecian estas manifestaciones populares: *Dime coplas, musa mía/ ¿Me las niegas por vulgares?/ ¿Me reprendes la osadía/ de que en coplas populares/ quiera cantar a María?*<sup>51</sup>. Estas coplas fueron a veces utilizadas incluso con fines políticos, como

<sup>47</sup> ... saqué de mi pecho mi escapulario, lo besé, y le dije a la Señora: «Ya que no me hayáis salvado la vida por no ser la voluntad de Dios, alcanzadme, Madre mía, una buena muerte, que no niega el Señor al que conforme con su suerte y contrito de sus culpas, se la pide» (FERNÁN CABALLERO, Promesa de un soldado, 304). Más adelante hablaremos sobre la relación entre muerte y escapulario.

<sup>48</sup> Pueden verse, por ejemplo, en: FERNÁN CABALLERO, Genio e ingenio del pueblo andaluz (Madrid 1994) 250, 272, 297, 339.

<sup>49</sup> Sobre este folclore de la Virgen del Carmen, cf. L. M. LLOP, La Virgen del Carmen y las canciones populares religiosas: El Santo Escapulario 3 (1906) 198-204; NAZARIO DE SANTA TERESA DEL N. JESÚS, La Virgen del Carmen en la Espiritualidad Española: Revista de Espiritualidad 10 (1951) 193-214 (esp. 209-212) y, sobre todo: OTILIO DEL N. JESÚS, La Virgen más popular (cancionero popular a la Stma. Virgen del Carmen): El Monte Carmelo 52 (1951) 113-159 que incluye bibliografía y unos criterios básicos para considerar una copla «popular».

<sup>50</sup> J. M. GABRIEL Y GALÁN, Obras completas II (religiosas, campesinas, fragmentos) (Madrid 1917) 206. En uno de sus poemas de juventud (*A Cándida*), con un tono didáctico, piadoso, quizás algo melífluo considera que la buena niña es la que no sabe bailar/ y sí rezar el rosario/ y lleva un escapulario/ al cuello, en vez de un collar; más adelante insiste: la que borda escapularios/ en lugar de escarpelas;/ la que lee pocas novelas/ y muchos devocionarios...

<sup>51</sup> Ibid., 9.

la recogida por Ramón J. Sender en su obra *Mr. Witt en el cantón: Hasta la Virgen del Carmen/ se ha vuelto republicana*<sup>52</sup>. Aunque el tema se escapa totalmente de nuestros objetivos, sí conviene señalar que entre el mundo de la «literatura» y el mundo de la copla popular ha habido siempre una ósmosis interesantísima y digna de ser tenida más en cuenta, por ejemplo, en cuanto al trasfondo biográfico de los autores (y en concreto de Fernán Caballero) se refiere.

Volviendo al texto que queremos comentar, éste se encuentra en una de las novelas más importantes de esta autora, *La familia de Alvareda*, situada en un ambiente rural en torno a la localidad de Dos Hermanas (Sevilla). Fernán Caballero se recrea describiendo la tradición religiosa de este pueblo, ligada a la Virgen de Valme, llamada así por la invocación del rey Fernando III antes de conquistar Sevilla: ¡Señora valme! Como agradecimiento, el santo rey erigió una capilla a esta Virgen, cuya advocación se hizo muy popular en toda la comarca hasta nuestros días.

Pues bien, en esta novela Fernán Caballero nos narra un drama rural. Si no fuera por lo edulcorado y moralizante de algunos pasajes de la misma, esta novela podría recordar en algún sentido —y pese a las enormes diferencias de todo tipo— al ambiente y a la tragedia rural de *La Malquerida* de Benavente<sup>53</sup> o de las *Bodas de Sangre* de García Lorca. Perico, lleno de celos por el comportamiento de Rita, su mujer, sorprendida en una fiesta bailando y coqueteando con

<sup>52</sup> R. J. SENDER, Mr. Witt en el cantón (Madrid 19) 32-33. La versión completa dice: Hasta la Virgen del Carmen se ha vuelto republicana/ porque no quiere que reine/ Carlos séptimo en España. Otras coplas sin embargo, la hacen simpatizante del carlismo (cf. OTILIO DEL N. JESÚS, La Virgen más popular, 152153).

<sup>53</sup> Curiosamente también se hace referencia en esta obra al escapulario: J. BENAVENTE, La malquerida (Madrid 2002) 158-159. Aparece en los primeros momentos (justo antes del crimen que suscita toda la trama) cuando el tímido Faustino quiere darle un regalo a la que va a ser su mujer:

FAUSTINO.—Si no es nada... Madre, que al venir, como cosa suya, me dio este escapulario pa la Acacia; de las monjas de allá...

ACACIA.—¡Es muy precioso!

MILAGROS.—¡Bordao de lentejuela! ¡Y de la Virgen Santísima del Carmen!

RAIMUNDA.—¡Poca devoción que ella le tiene! Da las gracias a tu madre.

Ventura, asesina a éste con una escopeta. Desesperado huye del pueblo y vaga por los campos hasta que va a dar con Diego, un célebre bandolero de la época, temible y temido, y un tanto idealizado románticamente por la pluma de nuestra autora. Perico está enfermo y cansado. Diego el bandolero lo lleva a una venta de confianza y encarga al posadero y a su mujer que cuiden al enfermo que delira y tiene una fiebre altísima. Los posaderos obedecen pero reniegan del encargo, y se disponen a hacerlo a regañadientes, hasta que la posadera descubre que el enfermo lleva un escapulario del Carmen y cambia su actitud hacia este joven que le recuerda a un hijo que se les marchó a América. Bajo el estilo costumbrista, moralizante, edulcorado o como se quiera, la posadera de Fernán Caballero da en la clave de uno de los aspectos fundamentales de la devoción al escapulario o de cualquier otra devoción popular, si no quieren convertirse en meros sentimentalismos huecos o en supersticiones folclóricas: la devoción lleva al otro, a la solidaridad, a la caridad, a la cercanía con el necesitado que se encuentra en nuestro camino. La común devoción se convierte en verdadera fraternidad. El texto, que tiene ciertas resonancias bíblicas (la atención a un enfermo malparado en la posada en la que alguien lo deposita y encarga su cuidado para lo que deja un dinero; la activa Marta, etc) no tiene desperdicio. Dejemos la palabra a la autora:

*Prepararon lo mejor que pudieron un lecho en el desván.*

*—No tiene señal de golpe ni herida —dijo Andrés desnudando al enfermo—, ¿lo ves mujer? Es una enfermedad como otra cualquiera.*

*—Mira, mira, Andrés —exclamó Marta—; tiene un escapulario de la Virgen del Carmen al cuello.*

*Y como si esta vista, o el santo influjo de la sagrada insignia hubiese despertado en ella todos los buenos sentimientos de humildad cristiana; como si la hermandad en una misma devoción hubiese hecho resonar claro aquel santo precepto, al prójimo como a ti mismo, se puso a exclarar: ¡Razón tenías, Andrés! ¡Es una obra de caridad asistirlo! ¡Pobrecillo! ¡Qué joven es, y qué desamparado está!.. ¡Su pobre madre! Vamos Andrés, ¿qué haces ahí parado como un*

*poste? Anda, corre, trae vino para refregarle las sienes; mata una gallina que le voy a poner un puchero*

[...]

*Marta fue incansable en la asistencia al infeliz que se agitaba en su fiebre y hablaba en su delirio de cosas terribles*<sup>54</sup>.

Pasado algún tiempo, un bandolero de la partida de Diego se acerca a la posada para preguntar cómo sigue el enfermo. Lo hace de mala gana, pues no considera esta misión adecuada para un hombre de su ralea, sino más propia del *mandadero de las monjas*. El posadero le muestra su temor a que alguien descubra en la posada al enfermo, probablemente perseguido por la ley. Ante ese temor, el bandolero les sugiere que lo pongan en la calle y una vez más es el escapulario el que mueve a la posadera a no abandonarlo a su suerte. Sin forzar el sentido del texto, parece claro que la persona devota de este escapulario se siente obligada a actuar como la Virgen a quien éste pertenece o representa, a no abandonar al necesitado o, dicho de otra manera, a reproducir ante el prójimo la actitud maternal de Virgen:

—*Pues si os da ruido plantarlo en la del rey.*

—*Eso no —exclamó Marta—. Infeliz... yo tengo un hijo en América, que puede que esté a estas horas como éste, abandonado de todos y que clame, como éste lo hace, por su madre. No; no lo desampararemos, ni la Señora cuyo escapulario lleva, ni yo...*<sup>55</sup>

La misma ecuación espiritual (la devoción a la Madre conlleva el servicio al hermano necesitado y la atención al herido) tan aparentemente simple e ingenua, como genuinamente evangélica, aparece también referida al escapulario del Carmen en un poema del romántico cordobés A. Fernández Grilo (1845-1906), titulado *Plegaria de la Marquesa de Linares a la Virgen del Carmen*. Pese al tono, quizás algo rimbombante para ciertas sensibilidades hodiernas,

<sup>54</sup> FERNÁN CABALLERO, *La familia de Alvareda* (Madrid 1975) 91.

<sup>55</sup> Ibid., 92.

no deja de resultar muy válida (y actualísima porque perenne) la intuición de fondo:

*Me basta tu escapulario;  
me basta saber que imploras  
por las almas pecadoras  
para que te adore más;  
y porque más me confunda  
la dicha de contemplarte,  
yo nada puedo brindarte  
y tú... ¡todo me lo das!  
(...)*

*Cuántas dádivas y bienes  
me otorgan tus santas manos,  
a los pobres, mis hermanos,  
doy en tu nombre después;  
y cuando del infortunio,  
pongo en la herida la venda,  
hago más fácil la senda  
para llegar a tus pies.  
(...)*

*Mi corazón vibra y late,  
con el ajeno latido;  
y siempre que al desvalido  
en tu nombre socorri,  
te dejé mirando absorta  
la luz de tus ojos bellos:  
¡que salga el sol para ellos  
cuando salga para mi!*<sup>56</sup>

El texto de Fernán Caballero (con esa dinámica devoción-fraternidad que también aparece en Fernández Grilo), nos introduce en un

<sup>56</sup> Editado por primera vez en *La ilustración Española y Americana* 43 (1899) 94. Cf. J.. CRIADO COSTA, Vida y creación poética de Antonio Fernández Grilo (Córdoba 1975) 409-412 (incluye una amplia selección de poemas y muchas referencias bibliográficas); A. CRUZ CASADO, Una plegaria a la Virgen del Carmen en la lírica del poeta cordobés Antonio Fernández Grilo (1845-1906) [en curso de publicación].

mundo literario, historiográfico y cultural aparentemente muy lejano de estos temas pero que puede resultar tremadamente significativo para nuestro objetivo. Nos referimos al mundo del bandolerismo andaluz. Debemos destacar que la devoción del escapulario del Carmen estuvo muy extendida en el ambiente del bandolerismo y que ésta —muy lejana en ciertos casos de una devoción cristiana mínimamente seria— no dejó de producir, sin embargo, ciertos destellos de humanidad y compasión. Julián de Zugasti (en cierto modo protagonista de estos acontecimientos puesto que fue gobernador de Córdoba en 1870 y se enfrentó personalmente al bandolerismo), en su célebre y monumental obra: *El bandolerismo. Estudio social y memorias históricas*<sup>57</sup>, recoge varios ejemplos en este sentido, en los que se alternan por una parte la fiereza y crueldad de estos personajes (más allá de la idealización romántica de los mismos) y, por otra, una devoción que roza la superchería, la superstición, una religiosidad natural sin mayores compromisos ni connotaciones pero que, sin embargo, en muchos casos suaviza y enternece el corazón de aquellos hombres frente a sus víctimas<sup>58</sup>. También C. Bernaldo de Quirós y L. Ardila, en otra obra clásica sobre el bandolerismo andaluz<sup>59</sup> (publicada por primera vez en 1931) hacen referencia a las diversas «devociones» de bandoleros —que conviven con otras supersticiones y fetichismos— y entre las que ocupan un lugar destacado los escapularios. En este mismo sentido, aunque en un contexto muy diferente, ya Agustín Moreto, al que citábamos más arriba, cuenta en su peculiar visión del *lego del Carmen*, cómo la devoción del Carmen amaina un tanto la fiereza de Franco, todavía bandolero, antes de convertirse, cuando está a punto de matar a un enemigo ya vencido:

<sup>57</sup> Publicada en diez tomos entre 1876 y 1880. Puede utilizarse la antología preparada por E. Inman Fox: J. DE ZUGASTI, El bandolerismo. Estudio social y memorias históricas (Madrid 1982).

<sup>58</sup> Véase el ejemplo recogido por A. CRUZ CASADO, Los bandoleros andaluces, devotos de la Virgen del Carmen: Escapulario del Carmen 97 (2000) 234-236.

<sup>59</sup> C. BERNALDO DE QUIRÓS - L. ARDILA, El bandolerismo andaluz (Madrid 1988) 237. Los autores se apoyan con frecuencia en el estudio de Zugasti. Incluso la célebre serie de televisión Curro Jiménez pone a veces un escapulario visible en el cuello del protagonista, formando parte del atuendo clásico del bandolero, lo que no deja de ser un acierto de los guionistas.

- FRANCO:*    *JAh vil canalla! ¿A traición?*  
*Aunque ya en el suelo estés,*  
*Te he de matar, voto a Dios.*
- HOMBRE Iº:* *Ten; por la Madre de Dios*  
*del Carmen que no me des.*
- FRANCO:*    *La sangre, hombre, me has helado.*  
*¿Qué aguardas? Ya no me ves*  
*sin acción? Válgate, pues,*  
*tan soberano sagrado.*  
*Y entre tanta maldad mía,*  
*tanta blasfemia y furor,*  
*sirva de freno a mi error*  
*el respeto de María. (Vase el hombre)*  
*En mí seña no imagino*  
*de cristiano, si no es ya*  
*esta atención, que me da*  
*su escapulario divino.*  
*Que aunque duro el corazón*  
*tanto al vicio se ha entregado,*  
*que de Dios vive olvidado,*  
*conservo esta devoción<sup>60</sup>.*

Sobre las devociones de bandoleros (tanto en España, como en Italia), entre las que siempre se halla presente el escapulario, llama la atención el testimonio de Richard Ford en sus *Cosas de España*:

*A propósito de esta creencia en la protección espiritual y sobrenatural, diremos que casi todo el mundo usa, con gran fe, alguna reliquia, un rosario, un escapulario o una medalla*

<sup>60</sup> A. MORETO, El lego del Carmen, 30-31. Sobre estas «conversiones» de bandidos y proscritos, el proceso psicológico que encierran y las conexiones con otros ámbitos de la literatura europea (Robin Hood, Götz von Berlichingen, o el bandido Rocaguinarda del Quijote, entre otros), cf. A. A. PARKER, Santos y bandoleros en el teatro español del Siglo de Oro: Arbor 13 (1949) 395-416. En esta escena concreta Moreto parece seguir (aplicándola a la Virgen del Carmen) a Juan Ruiz de Alarcón en la escena III del primer acto de la obra Los favores del mundo, en la que García no apuñala a Don Juan por que éste apela a la Virgen (Valga;/ que a tan alta intercesora/ no puedo ser descortés). Cf. J. RUIZ DE ALARCÓN, Obras completas I (Mexico<sup>2</sup> 1977) 74-75.

*de la Virgen. (...) Esta confianza en la Virgen no es sólo española; los bandidos italianos llevan siempre un pequeño corazón de plata de la Madonna, y esta extraña mezcla de ferocidad y superstición es uno de los rasgos más terribles de su carácter.<sup>61</sup>.*

Aunque podemos afirmar que no existen excesivos datos fiables sobre la religiosidad popular de los bandoleros andaluces, al menos durante el periodo romántico (siempre muy idealizado por viajeros románticos franceses e ingleses —como el mismo Ford, Gautier, Dozy, Merimée, entre otros muchos— ya predisuestos antes de conocerlos a encontrarse con héroes de la libertad), sí sabemos algo de sus devociones, generalmente marianas e identificadas con alguna advocación «local» (como la de José María «El Tempranillo» a la Virgen del Carmen de Córdoba y a la Virgen de la Fuensanta de Corcoya). Es una devoción que en muchos casos convive (sin generar ningún conflicto) con una animadversión grande al estamento clerical, a «los curas», a los que en el fondo se les ve como formando parte de las autoridades.

Más allá de la idealización romántica del tema y de la veracidad de estas devociones (sobre las que hemos dado sólo unas pistas muy someras), lo cierto es que en otros sectores, el escapulario se identifica con «una devoción de bandoleros» y, por tanto —lo que nos interesa sobremanera para el objeto de este estudio—, con una devoción hueca, que no supone una verdadera vida cristiana, ni una conversión, unos valores, ni tan siquiera, unos comportamientos sociales determinados. Se fragua así una cierta «leyenda negra» en torno al escapulario (entre otras devociones), que se extiende por ciertos ambientes. Pongamos dos ejemplos, de nuevo de forma muy somera.

Nada menos que Sabino Arana, en un texto antológico en el que compara al *bizkaino* con el español o *maketo*<sup>62</sup> —el uno trabajador,

<sup>61</sup> R. FORD, *Cosas de España* (Madrid 1974) 222-223. El autor, con cierta ironía, enumera algunas de estas prácticas religiosas y demás salvoconductos espirituales que fue encontrando en su periplo por España.

<sup>62</sup> Esta es la denominación que usa en muchos de sus escritos. Llegó incluso a imaginar el índice de un posible tratado de Maketología.

honrado, limpio, religioso; el otro perezoso, trámoso, sucio y supersticioso o descreído—, considera el escapulario como un típico signo de superstición propio de los bandoleros andaluces (y, por tanto, de la religiosidad y forma de vida que el rechaza). El contexto es el siguiente: Arana publica en 1895 un artículo<sup>63</sup> dividido en seis partes y titulado *¿Qué somos?*, en el que defiende que el *bizkaino* no es español ni por raza (con argumentos que recuerdan a Madame Blavatsky o al Conde de Gabineau), ni por lengua, ni por gobierno, ni por carácter o costumbres, ni por la historia. En el apartado dedicado a las costumbres Arana incluye la comparación entre ambas religiosidades. Así, mientras que la religiosidad del *bizkaino* es auténtica (*asistid a una misa en aldea apartada, y quedaréis edificados*), el español *o no sabe una palabra de religión, o es fanático, o es impío* (*ejemplos de lo primero en cualquier región española; de lo segundo entre los bandidos andaluces que usan escapulario, y de lo tercero, aquí en Bizkaya, en Sestao, donde todos los españoles, que no son pocos, son librepensadores*)<sup>64</sup>.

*El bizkaino que vive en las montañas, que es el verdadero bizkaino, es, por natural, carácter religioso (asistid a una misa en aldea apartada, y quedaréis edificados); el español que habita lejos de las poblaciones, que es el verdadero español, o no sabe una palabra de religión, o es fanático, o es impío (ejemplos de lo primero en cualquier región española; de lo segundo entre los bandidos andaluces que usan escapulario, y de lo tercero, aquí en Bizkaya, en Sestao, donde todos los españoles, que no son pocos, son librepensadores)*<sup>64</sup>.

Ya en diversas ocasiones el padre del nacionalismo vasco había insistido en esta misma idea: el catolicismo del español es superficial y puede contagiar al *bizkaino* de impiedad<sup>65</sup>, entre otros contagios como el de los bailes, toros, blasfemias y navajas<sup>66</sup>. Indudable-

<sup>63</sup> Puede consultarse en: SABINO ARANA GOIRI, La patria de los vascos. Antología de escritos políticos [A. Elorza, ed.] (San Sebastián 1995) 124-140. Ya en 1893, dos años antes, había defendido la misma tesis en otro artículo en forma de diálogo (*¿Somos españoles?*). Cf. S. ARANA GOIRI, La patria de los vascos, 196-204.

<sup>64</sup> SABINO ARANA, La patria de los vascos, 133.

<sup>65</sup> Ibid, 161.

<sup>66</sup> Ibid, 208-212.

mente, esta referencia al escapulario y el planteamiento general de la cuestión, hay que incluirlos dentro del marco más amplio de la actitud de Arana ante el tema de la fe (tanto ideológica como biográficamente), así como, ante *lo andaluz*<sup>67</sup>. En su concepción de lo vasco, el elemento religioso juega un papel importantísimo, desde su explicación de la *ikurriña* (la cruz blanca de San Andrés —la religión— antecede a la verde —*Lagi Zarra* o ley vieja—) hasta su rechazo visceral del liberalismo<sup>68</sup>, pasando por su admiración por lo jesuítico o por su desprecio de los masones. Todo ello merecería un estudio mucho más detallado y matizado, algo que se escapa totalmente de nuestra cuestión. Baste señalar que no deja de resultar curioso que precisamente el escapulario (*el escapulario de los bandidos*) sea utilizado como ejemplo de esa fe fanática que convive en España con el descreimiento y el ateísmo. Más allá del posicionamiento ideológico del autor (difícilmente asumible hoy) y prescindiendo de sus opiniones políticas, es sugerente la idea de que el fanatismo religioso, si bien en un sentido es algo totalmente contrario al ateísmo, en otro sentido, cierra el círculo de las actitudes religiosas y por tanto es contiguo a la increencia. O parafraseando con cierta libertad a Muñoz Seca, debemos reconocer que los extremos en este caso también se tocan.

En segundo lugar, y sin llegar a las excentricidades ideológicas de Sabino Arana, también Pío Baroja incluye una referencia al escapulario con un planteamiento parecido. En *Las inquietudes de Shanti Andía*, el protagonista recuerda que en la casa de su abuela, de ambiente marinero, entre otros muchos cuadros, insignias, recuerdos, etc. se encontraban unos escapularios:

*En una categoría todavía superior estaban dos escapularios grandes que le dieron a mi abuelo las monjas de Santa*

<sup>67</sup> Por ejemplo, cf. SABINO ARANA, La patria de los vascos, 342-343.

<sup>68</sup> De hecho, defiende la idea central de la obra de Félix Sardà El liberalismo es pecado (cf. SABINO ARANA, La patria de los vascos, 365). Sobre la concepción religiosa de Arana, puede verse, entre otros: I. EZQUERRA, Sabino Arana o la sentimentalidad totalitaria (Barcelona 2003) 57-77. En este sentido —y pese al fuerte sentimiento religioso de Arana—, A. Elorza ha hablado de una cierta transferencia de sacralidad de la esfera religiosa a la política. Cf. A. ELORZA, La religión política. El nacionalismo sabiniano y otros ensayos sobre nacionalismo e integrismo (San Sebastián 1995) 39-41.

*Clara, de Lúzaro, y a los cuales él puso marco en Cádiz, y le acompañaron en sus viajes y en su vuelta al mundo*<sup>69</sup>.

Pero, más adelante, describiendo a los cinco vascos que formaban la camarilla de confianza de Zaldumbide, se refiere a uno de ellos, Arraitz, del siguiente modo:

*Arraitz era jugador. Siempre estaba haciendo proyectos mientras miraba vagamente el humo de su pipa. Arraitz se jugaba las pestañas, y cuando no podía jugar, apostaba. Tenía muy mala suerte y era muy supersticioso. Llevaba una porción de escapularios y de medallitas, y era bastante inocente para creer que estos pedacitos de tela y de latón le iban a preservar de la desgracia*<sup>70</sup>.

De hecho, y no deja de resultar significativo, el propio Pío Baroja en *Las inquietudes de Shanti Andía*, emite un juicio muy negativo acerca de la autora que encabeza este apartado, Cecilia Böhl de Faber, Fernán Caballero, que en tan alta estima tenía —como hemos visto más arriba— al escapulario del Carmen:

*Leí las novelas de Fernán Caballero, que tenían mucha fama; no me gustaron nada, pero me convencía de que me debían gustar. Las he vuelto a leer después, y me han parecido una cosa bonita, pero mezquina. Me dan la impresión de un cuarto bien adornado, pero tan estrecho, que dentro de él no se pueden estirar las piernas sin tropezar en algo*<sup>71</sup>.

Parece —y no queremos ni generalizar, ni sacar conclusiones exageradas— como si dos cosmovisiones y dos formas consecuentes

<sup>69</sup> P. BAROJA, *Las inquietudes de Shanti Andía* (Madrid 1978) 56. J. Caro Baroja, que preparó esta edición que manejamos, recuerda en la Introducción que uno de los antepasados Goñi de Baroja había recibido de unas monjas andaluzas dos escapularios grandes que aún se conservan en la casa museo de Itzea.

<sup>70</sup> P. BAROJA, *Las inquietudes de Shanti Andía*, 220-221. J. Caro Baroja anota a pie de página: Adviértase el carácter volteriano del narrador: no muy lejano al del novelista...

<sup>71</sup> P. BAROJA, *Las inquietudes de Shanti Andía*, 133-134.

de concebir la piedad religiosa, de algún modo expresada y ejemplificada en el escapulario, se pusieran en contraposición. En ambas, el escapulario viene a significar dos cosas completamente distintas. Baroja lo concibe en el marco de su crítica del *flamenquismo*, término barojiano de difícil explicación, pero que vendría a ser un compuesto de las peores cualidades de lo español, de lo tópico, de lo más bajo, de lo que nos impide avanzar, de lo que podríamos denominar (valga el epíteto) lo *seborréico* de lo español. Otras veces, Baroja lo identifica con *lo semita* (como en *El árbol de la ciencia*<sup>72</sup>) o con los toros (*la estúpida y sangrienta fiesta*<sup>73</sup>), o con *lo andaluz* (utilizado en sentido genérico y despectivo), con *lo agitado*, etc.<sup>74</sup>. Pues bien, el escapulario viene a ser un elemento más de ese mundo religioso y social que él desprecia profundamente. Quizás, una de las tareas —no fácil— para una espiritualidad y una pastoral de este sacramental mariano, sea la de mostrar que los mejores elementos de ambas cosmovisiones, de ambas espiritualidades, aparentemente antagónicas, no están tan lejos.

3. *José Blanco White*: se trata de uno de los personajes más sorprendentes e interesantes del siglo XIX. Su biografía —en la que no nos podemos detener aquí— es una de las más curiosas, tanto en lo referente a los avatares de su vida, como en cuanto a su proceso y evolución intelectual<sup>75</sup>. Procedente de una familia irlandesa, José María Blanco Crespo (su verdadero nombre) nació en Sevilla en

<sup>72</sup> Sobre el alcance del antisemitismo de Baroja, cf. G ÁLVAREZ CHILLIDA, El antisemitismo en España. La imagen del judío (1812-2002) (Madrid 2002) 291-295, 358-360.

<sup>73</sup> P. BAROJA, El árbol de la ciencia (Madrid 1972) 222. Arana la denomina fiesta nacional de maketania (S. ARANA, La patria de los vascos, 210, 283). Es importante para nuestro tema, teniendo en cuenta que Blanco White identifica, como veremos, el escapulario con los toreros.

<sup>74</sup> Puede resultar muy útil para entender el sentido que le da Pío Baroja a estos términos la introducción y algunas notas de Julio Caro Baroja a la edición que manejamos de *Las Inquietudes de Shanti Andía*, 19-22, 133-134.

<sup>75</sup> De hecho, su personalidad y su pensamiento siguen suscitando estudios de gran interés. Véase por ejemplo: M. MORENO ALONSO, Divina libertad. La aventura liberal de Don José María Blanco White, 1808-1824 (Sevilla 2002); así como el reciente congreso sobre su figura celebrado en Madrid y Nueva York y Londres, bajo el título: José María Blanco White: intelectuales y exiliados, del que puede verse una síntesis en la revista Quimera 206 (septiembre 2001).

1775. Se educó con los dominicos y recibió en la Universidad de Osuna los grados en teología. Tras conseguir varios cargos eclesiásticos importantes entró en una profunda crisis de fe, fomentada en gran parte por el ambiente asfixiante y rancio en el que se formó y vivió sus primeros años de sacerdocio<sup>76</sup>. Se trasladó a Madrid (donde fue protegido de Godoy), posteriormente de nuevo a Sevilla, tras la invasión francesa y finalmente a Inglaterra donde prácticamente permaneció hasta el final de su vida. Allí escribió muchas obras en español y en inglés en las que defendía el espíritu ilustrado, animaba a las nacientes repúblicas americanas y, sobre todo, atacaba con saña todo lo relacionado con España y la Iglesia católica. Se hizo anglicano, pero acabó entrando en conflicto con esta iglesia por cuestiones teológicas. Terminó como un verdadero heterodoxo en todos los sentidos, sin una postura teológica, filosófica o política bien definida. Hizo así honor a uno de los seudónimos empleados en sus obras *Juan Sintierra*. Murió cerca de Liverpool en 1841.

La obra de Blanco White que aquí nos interesa es una colección de cartas publicadas en inglés en 1822 bajo el título *Letters from Spain* y firmadas con el seudónimo *Leucadio Doblado* (haciendo así un juego de palabras con su apellido). En ellas va describiendo la vida andaluza de finales del siglo XVIII y principios del XIX, ofreciéndonos una serie de detalles y de datos interesantísimos. Lógicamente, sus descripciones están escritas desde su actitud un tanto resentida contra lo español y lo católico, pero no dejan de resultar más que curiosas y en no pocas ocasiones se encuentran en ellas intuiciones de gran valor.

Pues bien, en la carta cuarta, Blanco White va describiendo con todo lujo de detalles las costumbres sevillanas relacionadas con el mundo del toro (tientas, encierros, corridas, diversas suertes, etc.). Cuando el autor escribe esta carta se acababa de revocar la normativa de Carlos IV por la que se prohibían las corridas de toros. Con este motivo se anima a explicar a su público en Inglaterra (no olvidemos que estas cartas fueron publicadas en inglés) lo que es el mundo de la tauromaquia. Como la mayoría de los ilustrados espa-

<sup>76</sup> Sobre su formación intelectual y espiritual, cf. la tesis doctoral: A. R. Ríos SANTOS, *Inicios teológicos e intelectuales de Blanco White* (Madrid 2001).

ñoles del XIX (y el mejor y más dramático ejemplo sería el de los llamados «afrancesados»), Blanco se mueve entre el desprecio por esta costumbre bárbara y sangrienta (*para gozar con el espectáculo que acabo de describir se necesita tener los sentimientos muy pervertidos...*<sup>77</sup>) y una mal disimulada admiración por la tauromaquia, acompañada de un amplio conocimiento de todo lo relacionado con la lidia, conocimiento que nos hace suponer una cierta afición no confesada por la misma<sup>78</sup>.

En cualquier caso, y esto es lo que nos interesa, casi al final de su descripción, Blanco reconoce un gran valor en los matadores de toros, ya que se juegan realmente la vida y, de hecho, *son pocos los que se han retirado a tiempo de evitar un trágico fin*. Si unimos al riesgo y al peligro el hecho de que la mayoría de los toreros procedan de las clases más humildes e incultas, nos explicamos su tendencia a la superstición<sup>79</sup>. Y ahí aparece la referencia a nuestro escapulario del Carmen. El texto merece ser reproducido con cierta amplitud:

*El riesgo de los que intervienen en una corrida es grande y sólo su destreza hace que no sea más serio. Los que más exponen su vida son los matadores y pocos son los que se han retirado a tiempo de evitar un trágico fin. Los toreros proceden de las clases más humildes de la población y, como muchos de sus iguales, unen en su conducta la superstición y el libertinaje. Ninguno de ellos se atreverá a pisar la arena sin llevar un escapulario, que consiste en dos pequeños cuadros de tela, sostenidos por medio de cintas sobre el pecho y*

<sup>77</sup> J. BLANCO WHITE, Cartas desde España (Madrid 1975) 139-140. Estas cartas han sido recientemente editadas por la Universidad de Sevilla con una interesantísima introducción de Antonio Garnica que también ha preparado la edición de J. BLANCO WHITE, Escritos autobiográficos menores (Huelva 1999).

<sup>78</sup> No es exclusiva de Blanco esa ambigüedad (entre desprecio e interés). También participaron de ella autores como el Abate Marchena, Fernán Caballero (sobre todo en La gaviota), Pérez Galdós (La familia de León Roch), entre otros.

<sup>79</sup> El abate Marchena identifica entre las malas compañías las de: toreros, carniceros, gitanas, inquisidores, frailes y copleros: ABATE MARCHENA, Obra en prosa (Madrid 1985) 80, 200. Es conocida la aversión visceral de Marchena por la chusma fraileasca.

*la espalda y colocados entre la camisa y el chaleco. En el trozo que cuelga delante del pecho hay un dibujo en lino de la Virgen María, generalmente de la Virgen del Carmen, que es la patrona de pícaros y vagabundos en España. Los frailes carmelitas son los que bendicen y venden los escapularios. Nuestro gran matador Pepe Illo, además del amuleto común, confiaba su salvación al patrocinio de San José, cuya capilla está cerca del coso sevillano. En vida de Illo las puertas de la capilla permanecían abiertas todo el tiempo de la corrida y la imagen del santo estaba rodeada de velas de cera que el devoto gladiador costeaba personalmente. Pero el santo, despreocupado, por lo visto, del homenaje, no impidió que su cliente fuera cogido muchas veces hasta que finalmente lo abandonó a su suerte en Madrid<sup>80</sup>.*

También Richard Ford (en cuya descripción de la corrida parece verse la influencia de los textos de Blanco) insiste en la superstición de los toreros inspirada y alimentada por el temor a la muerte:

*En cuanto a los toreros, al que muere en la plaza, si no puede confesarse, se le niega el entierro en sagrado. Como suelen proceder del populacho, son muy supersticiosos y van cargados de reliquias, talismanes y otros amuletos papales<sup>81</sup>.*

Esta identificación del escapulario con los toreros y con el miedo a la muerte de improviso, nos pone en contacto con otro motivo literario (y espiritual) relacionado con el escapulario y, más aún, con los hábitos religiosos en general. En el fondo el escapulario recoge una tradición que hace de los hábitos religiosos una especie de protección en la muerte, de participación en los beneficios (o privilegios) espirituales de una orden religiosa. El mismo Ford se detiene en diversas ocasiones —y con no poca ironía— en el tema. Así, por ejemplo, se lamenta de la suerte de los *pobres protestantes* que no participan de estas supersticiones:

<sup>80</sup> J. BLANCO WHITE, *Cartas desde España*, 139.

<sup>81</sup> RICHARD FORD, *Cosas de España* (Madrid 1974) 326.

*¡Pobres protestantes, que, no pagando el dinero de San Pedro, han cometido un nuevo acto de herejía, y el peor de todos, el que Roma nunca podrá olvidar! Estos rebeldes sólo pueden esperar salvarse por su fe y sus frutos en las buenas obras; deben arrepentirse de sus amados pecados y comenzar una nueva vida, pues para ellos no hay cordón de San Francisco que les saque, si cayeron al pozo; ni rosario de Santo Domingo que les traslade, prontamente, a toda velocidad, del tormento a la felicidad eterna<sup>82</sup>.*

Incluso hace mención expresa de la tradición concreta del escapulario del Carmen, refiriéndose a su origen:

*Los hábitos de lana de las órdenes mendicantes eran los más populares, por la idea que había de que si eran viejos estaban demasiado saturados de olor de santidad para las viles narices del demonio; y como uno andrajoso valía a menudo al fraile más de media docena de huevos, la venta de los hábitos viejos era negocio para el piadoso vendedor y comprador; los de San Francisco eran siempre los preferidos, porque, en las visitas trienales de este santo al purgatorio, conocía su enseña y se llevaba al cielo a los que lo ostentaban. (...) A las mujeres, en nuestra época, las vestían de monjas, llevando también el escapulario de la Virgen del Carmen, que ella dio a Simón Stock asegurándole que ninguno que muriese con él podría nunca sufrir las penas eternas. Estas graves costumbres, tan generalizadas en España, indujeron a un extranjero de espíritu muy exacto a observar que no moría en España nadie más que los frailes y las monjas<sup>83</sup>.*

Evidentemente, esta costumbre pone en juego, no ya una determinada piedad o devoción, sino cuestiones teológicas más importantes.

<sup>82</sup> RICHARD FORD, *Cosas de España*, 273.

<sup>83</sup> Ibid, 266-267. Con tono muy mordaz vuelve a referirse a los pretendidos valores curativos del hábito de la Virgen del Carmen en pág. 258 y a los escapularios y pequeñas estampas de santos, como parte integrante del vestido de las comparsas de campesinos en pág. 355.

tes (sobre todo en relación a la antropología teológica, a la economía de salvación o a la escatología). El tema va mucho más allá de los objetivos de este trabajo. Solamente debemos señalar que la crítica contra los escapularios y a los hábitos religiosos para morir (entre otras *supersticiones*) se remonta ya a Erasmo y al erasmismo español. Así, por poner solamente un ejemplo, Alfonso de Valdés, en su *Diálogo de Carón y Mercurio* critica a los que se acercan al juicio de Carón creyendo que, por llevar *un habitico de la Merced o de San Francisco* se han de salvar:

*ANIMA: ¿Y el hábito de San Francisco en que me mandé enterrar?*

*MERCURIO: Ven acá: ¿Conocerías tú una raposa en hábito de ermitaño? ¿Y piensas que Dios no conoce un ruin aunque venga en hábito de bueno? Si tú vivieras como san Francisco, aunque no murieras en su hábito, te diera Dios el premio que dio a san Francisco; mas, viviendo tú contrario a la vida de san Francisco, porque al tiempo de tu muerte te vestieses su hábito ¿pensabas salvarte con san Francisco? Gentil necedad era la tuya<sup>84</sup>.*

En este mismo sentido (escapulario-protección-muerte), aunque en otro «campo simbólico» distinto, habría que citar aquellos textos que identifican el escapulario con un amuleto protector de las balas de los enemigos (generalmente infieles)<sup>85</sup>. No son extraños los textos piadosos en los que una bala golpea el escapulario y, además de salvar la vida del soldado, deja impresa en el escapulario la imagen de la Virgen. Estos supuestos milagros fueron a veces objeto de burla por parte de la incipiente prensa ilustrada (recogiendo en cierto modo el testigo de los erasmistas<sup>86</sup>) y, más adelante, por parte de

<sup>84</sup> ALFONSO DE VALDÉS, *Diálogo de Mercurio y Carón* (Madrid 1999) 110 (cf. 192, 242-243). Valdés sigue de cerca el pensamiento de ERASMO, *El Enquiridion o manual del caballero cristiano* (Madrid 1971) 252-253.

<sup>85</sup> Toda una remesa de milagros de este tipo se pueden encontrar, por ejemplo, en: J. FERNÁNDEZ MARTÍN, *Milagros y prodigios del Escapulario del Carmen* (Madrid 1956) 254-279.

<sup>86</sup> Sobre la influencia de este tipo de prensa incipiente puede ser muy iluminador el excelente estudio de T. EGIDO, *Opinión pública y oposición al poder en la España del siglo XVIII (1713-1759)* (Valladolid<sup>2</sup> 2002).

ciertos autores de diverso tipo (liberales, viajeros románticos, anticlericales...). Veamos dos ejemplos a modo de muestra. El periódico *El Censor*, que apareció de 1781 a 1786, de talante anticlerical, publica en el *Discurso XLVI* (que trata sobre la superstición y que no tiene desperdicio) una supuesta carta en la que un fingido lector sugiere la forma de tomar Gibraltar:

*Vá para tres años que tienen cercado à Gibraltar, y todo el mundo dice, que es imposible tomarle por la fuerza (...). Dicen que ni llegaría hombre vivo a la muralla: ¿hay tal cosa como ella? ¿no es buena alucinación? ¿Pues había más que hacer cinco mil escapularios de nuestra Señora del Carmen y ponerle uno a cada soldado? Estoy harto de oír a los predicadores que las balas no hacen daño a los que los llevan, y no solo esto, sino que también lo he leído en un libro de letra de molde. Y aún me acuerdo de un ejemplo que traía de un soldado que alcabucearon, y toditas las balas se le cayeron a los pies sin hacerle daño ninguno solo porque llevaba uno puesto, que por eso dizque desde entonces, cuando a alguno llevan a alcabucear, lo registran antes y se lo quitan si acaso lo tiene. Verdad es que, aunque en muchos sermones no he oído tal circunstancia, me parece que este libro decía que era menester tener fe. Pero eso estaba compuesto con no llevar en mi ejército ningún regimiento de suizos, irlandeses ni italianos, sino que todos fuesen españoles rancios cristianos católicos apostólicos romanos. En fin, Señor, esto me parece tan claro, que yo no sé cómo no se apoderan inmediatamente de la Plaza, a no ser que no se les haya ocurrido esta especie. Publíquela Vuestra Merced, por Dios, para que caigan del burro y me den una buena brega a esos perrazos herejotes. Dios Nuestro Señor guarde a Vuestra Merced muchos años. Olías, a 25 de noviembre de 1781<sup>87</sup>.*

Es curiosísima —y concuerda directamente, tanto con la tradición erasmista del XVI, como con la crítica decimonónica de Ri-

<sup>87</sup> El Censor. Obra periódica. Comenzada a publicar en 1781 y terminada en 1787 [Edición facsímil a cargo de J. M. Caso González] (Oviedo 1989) 198-199.

chard Ford— la referencia a la necesidad de la fe. Para el supuesto devoto de Olías, esa necesidad (de la que no se siente muy seguro) se limita a una norma para que el ejército español no se llene de herejes o dudosos de herejía, sino sólo de cristianos viejos (*rancios cristianos católicos apostólicos romanos*). Con una fingida moderación (y una ironía sutilísima) el autor del *Discurso* anota en relación a los escapularios:

*A tan ridículos modos de pensar se dá ocasión con preconizar más de lo justo las virtudes, o efectos de unas prácticas por otra parte apreciables, y muy dignas de recomendarse*<sup>88</sup>.

En segundo lugar, también Ford en sus *Cosas de España* hace referencia a este tipo de milagros sorprendentes:

*Pocos son los soldados españoles que van a la guerra sin llevar amuletos de esta clase [alguna reliquia, un rosario, un escapulario o una medalla de la Virgen], a los que suponen el poder de detener las balas y desviar el fuego como un pararrayos, y quizás lleven razón, en vista de los pocos que mueren en el campo de batalla. En los tiempos románticos de España no se podía verificar un duelo o un torneo sin que precediese una declaración de los combatientes de que no llevaban encima reliquia ni amuleto alguno*<sup>89</sup>.

Más allá de la posible superstición, de la fantasía legendaria, de la hipocresía o frivolidad denunciada por los erasmistas, por *El Censor* y por Ford, también es justo reconocer que la identificación del escapulario con la muerte (no tanto como talismán protector, sino más bien como algo representativo de una actitud humilde de apertura al misterio en el momento de su máxima densidad) ha producido también momentos literarios muy interesantes<sup>90</sup>. Señale-

<sup>88</sup> Ibid. 199.

<sup>89</sup> RICHARD FORD, *Cosas de España*, 222.

<sup>90</sup> Véase también el ejemplo de la oración del soldado que cree que va a morir ajusticiado en un relato de Fernán Caballero (cf. nota 46).

mos brevemente dos de ellos de muy diversa época y estilo. En primer lugar, merece la pena reproducir alguna estrofa de un sencillo poema de difícil identificación:

*Yo no ansío cuando muera  
otro honor en el sudario  
que ostentar como venera  
vuestro Santo Escapulario.*

(...)

*Las puertas de par en par  
se me abrirán del santuario  
y un querube vendrá a honrar  
vuestro Santo Escapulario<sup>91</sup>.*

En segundo lugar, el poeta olotí Guerau de Liost (seudónimo de Jaume Bofill i Mates), en un sobrecogedor poema titulado *Doble carn* en el que describe el cuerpo de una muchacha que se ha suicidado, incluye una sutilísima evocación del escapulario. Teniendo en cuenta que la muerte es un tema frecuente en la última etapa de la obra del poeta *noucentista*<sup>92</sup>, la mención a la *finestreta* por

<sup>91</sup> Tanto R. LÓPEZ MELÚS, La Virgen del Carmen en la poesía, 121-122, como EDUARDO DE SAN JOSÉ, La Virgen del Carmen en la poesía española, 190-191, se lo atribuyen a Francisco de Rioja. Sin embargo, no se encuentra en ninguna de las ediciones de Rioja que hemos consultado (BAE, Cátedra, Sociedad de Bibliófilos Españoles, etc). Rioja tuvo contacto con la Orden del Carmen y su «imaginario» e incluso tuvo un sobrino carmelita, fray Juan Felix Girón, envuelto junto con el también carmelita José de Velasco, en un desagradable suceso en el marco de la polémica inmaculista en Sevilla; cf. I. BENGOECHEA, Un panegirista de la Inmaculada excomulgado en Sevilla: el carmelita Padre José de Velasco: Carmelus 1 (1951) 49-106. Sin embargo, NAZARIO DE SANTA TERESA DEL N. JESÚS, La Virgen del Carmen en la Espiritualidad Española, 208, se lo atribuye a Rojas, el poeta de las flores. Ninguno de los tres hacen referencia a una obra concreta. ¿Se trata de otro Rojas como el granadino Pedro Soto de Rojas que en 1652 escribió Paraíso perdido para muchos, jardines abiertos para pocos y al que también se puede considerar poeta de las flores? ¿Quizás del comediógrafo Agustín de Rojas Villandrando?

<sup>92</sup> Véanse, por ejemplo, los poemas: De la mort que ve i se'n torna, Cementiri rural, Elegia, La muntanya dels morts, o Del prematur sepeli de Guerau de Liost (donde imagina incluso su propio entierro), en: GUERAU DE LIOST, Antología poética (Barcelona<sup>2</sup> 1987) 149-156.

la que nos llega el azul de la luz y de la esperanza<sup>93</sup>, no deja de reflejar una fina sensibilidad tanto poética como religiosa<sup>94</sup>:

*Al seu pit, l'escapulari,  
finestreta de blau cel,  
dignifica l'escenari  
i la carn de casta mel.  
Diu que un àngel hi és tothora.  
(La infermera en deu partit.)  
La fadrina, qui la plora  
sinó el plany d'un violí?<sup>95</sup>.*

4. *Arturo Uslar Pietri*: hombre polifacético (político, novelista, ensayista, erudito), Uslar Pietri ha sido uno de los intelectuales venezolanos más eminentes del pasado siglo. Nacido en Caracas en 1906 y recientemente fallecido, ha pasado a lo largo de su vida por muy diversos géneros literarios y su trayectoria intelectual fue reconocida en 1990 cuando recibió el premio Príncipe de Asturias de las Letras. En el campo de la novela histórica destacan *Las lanzas coloradas* (su primera novela) y *El camino del Dorado* (sobre la epopeya de Lope de Aguirre). Ha escrito también obras de teatro y fue muy popular en Venezuela por sus charlas televisivas sobre muy diversos personajes históricos de toda época, tituladas *Valores humanos*. A veces estas facetas de la personalidad de Uslar Pietri han hecho que se ignoren su faceta como escritor de relatos breves y cuentos. Recientemente se han reeditado tres de estos cuentos, verdadera delicia para los aficionados a la buena literatura. En ellos, Uslar Pietri muestra su tendencia a lo que se ha llamado el «realismo mágico», mezclado con un cierto «indigenismo» austero y coloquista a la vez. Este autor nos va a servir como modelo de un nuevo

<sup>93</sup> El color azul puede indicar que se trata de otro escapulario como el del Inmaculado Corazón de María (de la Madre Ursula), pero creemos más bien que se trata de un juego literario. Más aún, dado el origen olotí del autor, con toda probabilidad el escapulario que tiene en mente es el del Carmen.

<sup>94</sup> De hecho, Jaume Bofill i Mates (como, más adelante, su hijo el filósofo Jaume Bofill y Bofill) estuvieron vinculados a ciertos ámbitos de la cultura catalana de principios del siglo XX de clara inspiración cristiana.

<sup>95</sup> GUERAU DE LIOST, Antología poética, 135-136.

«motivo» en el que se incluye el escapulario y que podemos sintetizar así: el escapulario es un talismán, un remedio potente contra la enfermedad, los males y peligros y, en ese sentido, forma parte de otra lista de remedios saludables (en el doble sentido de la palabra).

Así, en uno de estos relatos, *La mosca azul*, el autor nos presenta a José Gabino, mendigo vagabundo, aficionado a pequeños robos y al que los niños tiran piedras mientras le gritan: *¡José Gabino, ladrón de camino!* Mientras duerme al raso es picado por una mosca azul y se siente mal. Recurre a los remedios de la india María Chucena y posteriormente busca en su hatillo diversos remedios que se encontrarían entre lo que hoy llamamos la medicina natural y la superchería. Una vez más, entre estos remedios poderosos aparece la medalla escapulario de la Virgen del Carmen, a la que José Gabino se encomienda para no morir:

*Sacó el atadijo que llevaba al extremo de él y estuvo hurgando un rato. Aquello frío y redondo era una medalla del Carmen. Hizo el gesto de santiguarse. Aquello duro, liso y puntiagudo era un colmillo de caimán. Muy bueno contra la guña y la mala sombra. Allí estaban también los dados. Habían sido de un francés cayenero que los sabía componer muy buenos. Y aquel pequeño disco grueso era una piedra de zamuro. No había mejor talismán. Se lo había curado la bruja de Cerro Quemado. Aquellas eran una hojas secas de borraja. Aquél era trabajo en rama. Las barajas. Se le había perdido la sota de bastos. La navajita. El espejito [...].*

*—Se va a morir de mengua, José Gabino. Se va a morir de mengua. Lo van a encontrar tieso como un perro en la bagadera. Así no se muere un hombre, con tanto frío. Con tanta tembladera. Virgen del Carmen, no me desampares<sup>96</sup>.*

En un sentido muy parecido al de Uslar Pietri, G. García Márquez en su mítica obra *Cien años de soledad*, cuenta cómo un día se presentó en Macondo una niña con una carta y con los huesos de sus padres. La carta iba dirigida a José Arcadio y a Ursula y al

<sup>96</sup> A. USLAR PIETRI, *El mundo de humo y otros cuentos* (Barcelona 2000) 119-121.

parecer se trataba de una prima lejana de ésta que se había quedado huérfana. La niña no hablaba y solamente se sentaba a chuparse el dedo mirando todo con admiración. Cuando García Márquez nos describe a este curioso personaje afirma:

*Llevaba un traje de diagonal teñido de negro, gastado por el uso y unos desconchados botines de charol. Tenía el cabello sostenido detrás de las orejas con moños de cintas negras. Usaba un escapulario con las imágenes borraditas por el sudor y en la muñeca derecha un colmillo de animal carnívoro montado en un soporte de cobre como amuleto contra el mal de ojo<sup>97</sup>.*

El escapulario vuelve a aparecer de nuevo un poco más adelante, cuando las tropas gubernamentales toman Macondo y descubren el cuerpo del supuesto coronel Gregorio Stevenson, que había llegado poco antes al pueblo, disfrazado de mujer, como emisario del coronel Aureliano Buendía. No le creyeron y murió en la cárcel, pero lo hizo defendiendo a los sublevados. Así se describe la escena:

*Tenía una frondosa cabellera de mujer enrollada en la nuca con una peineta y en el cuello un escapulario con un pescadito de oro. Al voltearlo con la puntera de la bota para alumbrarle la cara, el capitán se quedó perplejo<sup>98</sup>.*

Estos textos forman parte del mundo religioso de la América Latina (en su enorme e inabarcable pluralidad), en el que el escapulario ha tenido siempre una importancia especial. Tengamos en cuenta solamente dos aspectos: el hecho de que la devoción a la Virgen del Carmen estuviera muy ligada a ciertos procesos de independencia que fueron puestos bajo su patrocinio, lo que explica que algunos de los libertadores llevaran ostensiblemente el escapulario, así como que la Virgen del Carmen sea patrona de algunas de las naciones que surgen tras estas guerras de independencia<sup>99</sup>. En segundo

<sup>97</sup> G. GARCÍA MÁRQUEZ, *Cien años de soledad* (Madrid<sup>3</sup> 1987) 117.

<sup>98</sup> *Ibid.* 194-195.

<sup>99</sup> Incluso, en ciertos ámbitos se sugiere una nueva lectura de este dato: la presencia de María en el proceso de liberación. Sin duda la intuición es suge-

lugar, hay que destacar el hecho de que el escapulario y, en general, la devoción a la Virgen del Carmen (como otras muchas devociones en América) se hayan fundido con otros ritos y creencias religiosas con un cierto carácter sincretista que no nos toca analizar aquí y que ha abierto un campo de investigación fascinante para el antropólogo, el estudioso de la fenomenología religiosa, de las formas culturales, etc.<sup>100</sup>.

Sin embargo, esta inclusión del escapulario en un conjunto sincretista de remedios y talismanes no es algo exclusivo de esa piedad mixta americana. Algunos de los ejemplos citados a lo largo de este trabajo dan muestra de ello. Pongamos un ejemplo más. En cierto modo —y aunque no hace referencia expresa al escapulario como tal— un texto del *Viaje a la Alcarria* de Cela (con un lenguaje y un tono más austeros y menos coloristas, en el ambiente castellano rancio y no en el caribeño exuberante) nos recuerda al atadijo de José Gabino. Un viejo charlatán que va de pueblo en pueblo, vestido con un birrete verde y congregando a los lugareños en la plaza, ofreciéndoles coplas, remedios, oraciones y distracción, describe así su curiosa y variopinta mercancía:

*¡La oración de la Virgen del Carmen y El sepulcro o lo que puede el amor! ¡El bonito tango del brigadier Villacampa y las canciones de la Parrala y la Pelona! ¡Las décimas compuestas por un reo estando en capilla en la ciudad de Sevilla, llamado Vicente Pérez, corneta de la Habana! ¡Siento renacer en mí tu amor al saber que volverás!, la última creación de Celia Gámez. ¡Las atrocidades de Margarita Cisne-*

rente y puede tener un valor muy actual. En cualquier caso, la historia debe servirnos aquí de prevención para no vincular demasiado ingenuamente esta devoción a contingencias históricas concretas para que no pueda parecer tan ridícula dentro de dos siglos como ahora nos parece la grandilocuencia patriótica o milagrera de otros períodos.

<sup>100</sup> Cf. T. FIGUERÓA DE MEDEIROS, La Virgen María en la religiosidad popular de América Latina, en: AA.VV., *In communion with Mary our heritage and prospects for the future* [E. Coccia, ed.] (Roma 2003) 293-321 (referido a la Virgen del Carmen, pero con pistas bibliográficas para otras advocaciones); así como: D. BLANCHARD, *The Scapular: a global sign and symbol*, en: AA.VV., *Carmel and Mary. theology and history of a devotion* [J. Welch, ed.] (Washington DC 2002) 165-178.

*ros, joven natural de Tamarite! ¡A cinco! ¡Compre usted la bonita copla de moda, a cinco!*<sup>101</sup>

En este sentido, cabe reconocer que el escapulario, tan presente en las piedades y manifestaciones religiosas de otros períodos, ha perdido bastante de su relevancia religiosa<sup>102</sup>. Esa pérdida viene motivada por muy diversas razones, algunas de ellas muy lógicas e incluso positivas, como por ejemplo, el hecho de que la Iglesia en el Concilio Vaticano II haya insistido en la necesidad de organizar y articular los elementos de nuestra fe (sacramentos, sacramentales, otras manifestaciones) recuperando, en primer lugar, el sentido de la Iglesia misma, sacramento universal del salvación, sacramento fon-tal; la centralidad del bautismo y la eucaristía (considerados como *sacamenta maiora* ya por los escolásticos); el papel de los demás sacramentos; y (de forma más periférica y articulados con el eje de salvación Cristo-Iglesia-sacramentos) de los sacramentales. Ello no debería suponer, como han señalado, por ejemplo, algunos teólogos de la liberación<sup>103</sup>, un desprecio elitista por las manifestaciones y expresiones populares de la fe sino, más bien, la necesidad de articular orgánicamente todas estas manifestaciones. Si alguno de estos elementos aparece aislado, desconectado del eje Cristo-Iglesia-sacramen-tos, como una especie de economía paralela de salvación (y este riesgo se ha dado sobremanera en el caso del escapulario del Carmen<sup>104</sup>), es

<sup>101</sup> C.J. CELA, *Viaje a la Alcarria* (Barcelona 1999) 155.

<sup>102</sup> Por ello, no aparece de forma tangencial, ni siquiera como referencia cultural o ambiental, en las manifestaciones literarias actuales. Ha perdido relevancia social. Valga como excepción el chispeante artículo de Antonio Burgos en el que, quejándose de la mala presentación de las infusiones en pequeñas bolsitas en bares y hoteles (motivo central), compara estas bolsitas con el escapulario (como elemento de comparación, que quizás algún joven lector no identifique). Así, habla del gremio de hostelería devoto de la Virgen del Carmen y del culto al escapulario milagroso de Santa María Hornimans... Cf. A. BURGOS, *El horroroso escapulario de té*: *El Mundo* (20-febrero-2000).

<sup>103</sup> Cf. V. CODINA, *Sacramentos*, en: AA.VV., *Mysterium Liberationis. Conceptos fundamentales de la teología de la liberación* [I. Ellacuría y J. So-brino, eds.] (Madrid 1990) 267-294 (esp. 284-285). El autor habla de los sacra-mentales como los sacramentos de los pobres.

<sup>104</sup> E. Jardiel Poncela, en su disparatada *tournée de Dios* (1932), hace alu-sión de algún modo a esta cuestión. Ya en la desconcertante aparición de

que no está bien ubicado, bien entendido, bien articulado dentro de la economía cristiana de salvación.

## CONCLUSIÓN

Los cuatro motivos literarios que acabamos de presentar (extraídos —digámoslo una vez más— de obras, géneros, autores y contextos muy diversos) muestran con la fuerza de lo literario las luces y las sombras de esta popular devoción. Por una parte (Fernán Caballero, Fernández Grilo), aparece el escapulario como el signo sencillo de una tierna devoción mariana, que no se queda sólo en el aspecto filial o entrañable sino que supone un acicate en el servicio al prójimo. Es la devoción que hermana, que crea fraternidad, que crea servicio al otro. Más aún, es la devoción que lleva a quien la vive auténticamente a imitar a la Virgen y a reproducir sus actitudes maternales con los más necesitados. El escapulario es también signo de confianza en María (Pereda y, en cierto modo, Alberti y Juan Ramón). Esa confianza viene representada por la devoción de las gentes del mar que honran a María de forma muy especial bajo la advocación de la *Virgen marinera*, de la *Virgen del Carmen*, de la *Estrella del Mar*. El mar en estos casos puede ser leído e interpretado como símbolo de algo más amplio (y es algo que han hecho los autores clásicos carmelitas), es decir, como el mar de la vida, como los avatares —no pocas veces tormentosos y difíciles— en los que nos vemos envueltos. En esos avatares miramos como creyentes a María y como ella nos ponemos en las manos del Señor, con con-

«Dios» en el Cerro de los Ángeles, se nos indica que se autorizó la venta de escapularios y crucifijos. Pero más adelante, cuando todo el mundo se siente defraudado por «Dios» y éste se dedica a tomar café en una terraza mientras espera su partida, cuando le piden la curación del niño de Federico y Natalia y «Dios» se niega, Natalia sigue rezando y Federico se encara con ella: ¿A quien rezas? Dios está aquí y no puede hacer nada... Entonces ella irguió el encendido rostro, rugiendo: ¡¡Rezo a la Virgen del Carmen !! Dios se volvió hacia Flagg, exclamando a guisa de explicación: Sí... tiene más simpatías que yo... Cf. E. JARDIEL PONCELA, La tournée de Dios (Madrid 2003) 407, 464. Aunque se trata de una obra extraña, cáustica, desconcertante y a pesar del tono humorístico (véase la introducción de L. Alemany a esta reciente edición citada), la tournée de Jardiel no deja de plantear cuestiones muy sugerentes.

fianza, con ánimos renovados, con fe, con esperanza, a pesar de todos los pesares. Sería una hermosa forma de «traducir» nuestra devoción a la Virgen del Carmen al mundo de hoy, a muchos ambientes donde no han oído hablar de escapularios ni de devociones, el vivir esta devoción como compromiso cristiano hacia los naufragos de nuestra sociedad que reclaman auxilio de forma dramática: los enfermos incurables, los drogadictos, los que pasan hambre, los depresivos, los marginados de todo tipo, los que sufren malos tratos, los inmigrantes, etc. Una devoción que, en definitiva, nos sensibiliza hacia *las víctimas*, categoría que según un teólogo como Jon Sobrino debería servirnos como eje y motivo central de nuestra teología y de nuestra praxis. Más aún, esa sensibilidad, ese talante, esa motivación, no constituyen (o no deberían constituir) un adorno o un añadido a esta piedad, sino que deberían ser un elemento esencial de la misma, si no queremos convertirla en algo frívolo y banal<sup>105</sup>.

Por ello también estos textos muestran (a veces con crudeza y sarcasmo) la cara oscura de esta devoción, o si se quiere, los riesgos de una devoción cuando ésta aparece desenfocada, mal entendida, banalizada. Así, por ejemplo, cuando se convierte al escapulario en un amuleto más (Uslar Pietri, García Márquez), en medio de este supermercado religioso posmoderno en el que vivimos en nuestras sociedades. El hatillo de José Gabino nos recuerda a algunas de las actitudes «religiosas» de nuestra sociedad, en las que se mezclan las apariciones marianas, las peregrinaciones folclóricas (patrocinadas por grandes empresas y por agencias de turismo), los fines de semana en un monasterio, los futurólogos, los horóscopos, la oración *zen*, las procesiones en la guía *Michelín* y Pedro Almodovar dando gra-

<sup>105</sup> Pongamos dos ejemplos de posibles lecturas liberadoras o contextuales de esta devoción: una curiosa lectura africana en la que el escapulario se relaciona con la emancipación de la mujer en un artículo del carmelita irlandés M. Hill, publicado en la revista norteamericana *The Scapular* en 1958 (antes del Concilio) titulado significativamente *Improving their status*. Puede verse en: AA.VV., *Celts among the Shona* (Dublin 2002) 132-133; así como la lectura que hace desde un ámbito de marginación en América Latina D. BLANCHARD, *Our Lady of Mount Carmel, Pray for us! The Scapular Promise and the Garbage pickers at the Nejapa Dump*, en: AA.VV., *Mother, behold your Son. Essays in honor of Eamon Carroll O.Carm.* [D.W. Buggert, L. Rogge y M.J. Wastag, eds.] (Washington DC, 2001) 289-308.

cias a todos los santos en la ceremonia de entrega de los *Oscar*. Los estudiosos del fenómeno religioso, insisten en esta vuelta posmoderna a «lo religioso» que no siempre coincide con una vuelta a lo cristiano, ni a lo evangélico. La cosa se complica cuando la Iglesia no sólo se presta a ello, sino que lo fomenta acríticamente, o cuando ingenuamente cree que éstas son muestras de la restauración religiosa que estamos viviendo y del sentido tradicional cristiano del pueblo español. Indudablemente que muchas de estas manifestaciones folclóricas tienen valores religiosos (y a veces muy profundos); por supuesto que el cristianismo no se puede reducir a sus dimensiones teológicas o morales y que el sentimiento y lo festivo (lo verdaderamente festivo) ocupan un lugar esencial en la vida de fe... pero en ciertas ocasiones se trata de devociones huecas, sentimentales, momentáneas y pasajeras, sin exigencia alguna o incluso en devociones que para mucha gente no creyente son sinónimo de frivolidad, de superficialidad y de valores bien lejanos a los del evangelio. En fin, lo del bandidaje, la superstición y la picaresca espiritual (que dirían los erasmistas, Blanco White o Richard Ford) o lo de la ortodoxia sin ortopraxis (que diría algún teólogo moderno).

Por supuesto que estos textos darían para una reflexión mucho más amplia y profunda. Nos contentamos con haberlos presentado someramente, elaborando un pequeño catálogo y actualizando algunas de las referencias bibliográficas ya presentadas en otros trabajos. Ojalá que algún lector con mayores conocimientos literarios pueda añadir otros textos a los que hemos presentado. Que este trabajo sirva como homenaje a la Virgen del Carmen, a la que hemos honrado de una forma peculiar en este año del 750 aniversario de la entrega del escapulario. Y sobre todo, que la reflexión sobre este humilde y sencillo sacramental, nos ayude —como señala el nuevo rito de bendición e imposición del escapulario— a renovar nuestro compromiso bautismal y a construir *con los pobres y marginados un mundo más justo y fraterno...*<sup>106</sup>

<sup>106</sup> Rito de bendición e imposición del Escapulario de la Santísima Virgen del Carmen, nº 10.